

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN
Extranjero (Unión Postal), año, 10 francos.
En Madrid, trimestre, 1,50 pesetas.
Provincias, semestre, 3
Idem, año, 6

Pagos anticipados
Mano de 25 ejemplares, 1,50 pesetas.
Número atrasado, 0,25
Reclamos, línea, 1,50
Anuncios, línea, 0,50

Año II.—Núm. 59

Oficinas: Montera, 51.—Madrid

23 Julio, 1899

1812

Las prisiones de Oscar Wilde

Fiestas, aclamaciones, colgaduras, ramajes, vitores, frenéticos entusiasmos. Los diputados españoles fundaban el régimen parlamentario en Cádiz. ¿Qué odisea sus viajes a la cuna de la libertad!

Hace pocos días, en un café del Boulevard, un hombre sentado ante un velador vecino al mío, me sonreía de vez en cuando con una sonrisa marchita y enigmática. Yo conocía aquella sonrisa. Y los ojos que me miraban y que me veían, los pobres ojos glaucos y húmedos, muy húmedos, como empapados siempre en lágrimas, también me conocía.

La sonrisa seguía saludándome de lejos, con intermitencias, entre el arrebol de la carne y la inmensidad color de tabaco de los dientes—la sonrisa de cortesana envejecida, la pobre sonrisa sumisa, adúladora, inquietante.

De pronto Ernest Lajennessé viene a sentarse a mi lado y me pregunta:

—¿No saluda usted a Oscar Wilde?

—¡Ah, sí! Ahora le reconozco; ahora veía de nuevo al Oscar Wilde de otro tiempo, al poeta suntuoso y raro, al hombre de los extraños caprichos, de los vicios reprobados, de las orgías narcisistas; al cantor de Dorain Gray, al amigo de lord Douglas, al barbilampiño Barba Azul inglés. Era él. Entre sonrisas irónicas de dos ó tres amigos, á pesar de los consejos de Pardo y de Machado, me acerqué á él, le estreché la mano con más cariño que nunca.

Y mientras sus labios marchitos me decían la historia del más horrible cautiverio, sus ojos claros parecían darme las gracias por ser yo uno de los que no huían de él.

—¡Han sido tantos—murmuró al fin—los que me han abandonado, los que me han renegado, los que se han alejado de mí como de un leproso!... Y sin embargo, todos lo sabían. Mi vida no era un misterio. En Londres, antes de mi proceso, las duquesas y las ladies contábanse al oído mis aventuras y me invitaban á sus reuniones; pero cuando los jueces me condenaron todas parecieron espantadas y juraron por sus dioses que si lo hubieran sabido antes, no me habrían jamás estrechado la mano.

—¡Pariseos!

—¡Dos años de presidio en la más horrible de las cárceles, en el más espantoso Montjuich; dos años de tormentos, de hambre, de frío; dos años de eterna agonía para pagar un beso prohibido, me parece mucho!... En Nápoles esos besos son populares; en Cádiz hasta estuvieron reglamentados como los otros; en París, en Madrid, en Berlín, en Viena, inspiran asco ó desdén. Sólo en Londres provocan cóleras oficiales y venganzas sociales—¡oh ironía suprema de la suerte!—á pesar de ser los besos más generalizados entre lores y marqueses.

Oscar Wilde habla de todo esto sin hipocresía y sin cinismo, cual de una cosa muy natural ó por lo menos muy sencilla.

—Adoro á Narciso—me dice—lo mismo que Júpiter adoraba á Ganímedes, lo mismo que los poetas latinos, de Virgilio al último, adoraron á Adonis, como usted adora á Venus... Yo no le digo á nadie que hace mal; las alcohos son sagradas; que dejen la mia en la sombra y que se contenten con admirarme ó con detestarme como artista.

—¿Os acordáis de las prisiones de Verlaine, aquellas prisiones claras y vastas en donde el gran poeta pasó cinco años por haber disparado un tiro á un amigo, también Narciso?

Dans le plus beau pays d'eau vive et des roseaux, l'ai n'a guère habité le meilleur des chateaux.

...nulle demarche á faire Deux fois ou trois par jour un serviteur sévère, Apportait mes repas et repartait nuet.

Un perfume de resignación mística se desprende de las estrofas de Verlaine, y en el fondo del cuadro poético, la cárcel aparece, tranquila cual un antiguo monasterio, con su cama estrecha, su cocina sencillísima y su silencio, eterno engendrador de dulces soñaciones.

El presidio de Oscar Wilde es diferente. Al lado de su calabozo, está el calabozo de los que van á ajusticiar; y en este calabozo siempre hay un hombre.

—Un muro horrible nos circunda á ambos—ambos somos desheredados de la suerte, pues el mundo nos ha rechazado de su seno y Dios de su corazón—y el grifo de hierro que acecha al Pecado nos había agrarrado más fuertemente que á los demás.

No hay libro tan triste como la Balada de la cárcel de Reading, en la cual un agonizante cuenta la historia de un aborrecido:

«En el patio de los Deudores las piedras del empedrado hieren; y las murallas son altísimas y lloran humedad... Los guardianes tienen un candado en los labios y una máscara en el rostro; de lo contrario podrían emocionarse y ¡qué tiene que hacer la Piedad en el entre de los matadores?... Hilo por hilo destrenzábamos inmensas cuerdas de navío con nuestras uñas usadas y sangrientas; hilo por hilo, gota á gota, éramos picapedreros forzados y moribundos... De vez en cuando el verdugo pasaba entre nosotros con su saco al hombro, en las tinieblas; y cada prisionero, temblando se arrastraba hasta su tumba numerada... Y nadie conoció mejor que yo los sudores de sangre, porque el que vive más de una vida debe morir más de una muerte.»

Oscar Wilde me leyó, con voz en la cual lloraba un sollozo monótono, todo su poema.

—¡Espantoso!—pensé.

—Hay algo más—me dijo—algo que no he escrito, que no escribiré nunca y que podría titularse el poema de un muerto que sigue muriéndose de hambre y de sed y de sueño... No; no lo escribiré. Porque todo puede sentirse y no todo se puede escribir. Tal como yo lo sentí, ese poema del dolor dejaría atrás al Inferno del Dante.

Las pupilas glaucas y húmedas se dilataron, y en la boca marchita la sonrisa se convirtió en una mueca.

—Durante diez y ocho meses tuve hambre—murmuró. Y luego, más quedo aún, como hablándole á su propia alma:

—Mucha hambre—continuó—mucha hambre y mucha sed. El pedazo de pan negro que me daban todas las mañanas, calmábame un instante, una hora si acaso; pero luego venían veintitres horas durante las cuales, como un niño moribundo, yo me decía: «tengo hambre, tengo hambre...» Y me decía también: «estoy muerto». Porque yo veía mi muerte, y ya el mundo no existía para mí, y la imagen de la libertad no me atraía. Estaba muerto y era un muerto que se moría de hambre... que lamía la tierra húmeda del calabozo... que buscaba, cual un loco, en las paredes, algún insecto, algún gusanillo para comérselo... que pasaba horas enteras lamiendo el hierro de las rejas para sentir algo que tuviese sabor... Una pausa.

En seguida:

—Y tampoco podía dormir. A veces, plegándome como un perro entre los muros de la celda, me amodorraba mecido por mis sollozos; pero cada media hora el vigía que pasa sacudiendo una cadena y viendo si los prisioneros están en sus sepulcros, me despertaba sobresaltado... ¡oh, es horrible, horrible, horrible!...

Y esas tres palabras, dichas con labios crispados, en voz sorda y sollozante, me helan la médula en los huesos...

E. GÓMEZ CARRILLO.

Infanticidio

¿Tienes que hacer, Juan? ¿No? Pues acompáñame á un juicio oral. Se trata de una infanticida. Te permitiré que me hables por el camino cuanto quieras acerca de la honradez de las hijas del pueblo.

—¡Mala peste en tales bribonas! Conciben de cualquier manera, paren de cualquier modo y se deshacen de sus hijos por cualquier precio.

Ya llegamos. Prepárate á oír infamias.

—¿Te has fijado en la reo? Tendrá como unos 18 años. ¡Y es guapilla! No tardará mucho en desembuchar otro oro, porque macho no ha de faltarle.

—¿Oyes lo que dice? Que fué seducida, ¡inocente!, por el amo de la casa en que servía; que cuando estaba en cinta, la echó á la calle; que entró en otra casa, porque no tenía qué comer; que parió en un catre cerca de la alcoba de su ama; que mordió la sábana para no gritar; que desgarró con las uñas el cordón umbilical del recién nacido, que le apristó después el cuello, lo echó al pozo por la mañana y se entregó á sus ocupaciones como si tal cosa... ¡Habrás descaro igual! ¿Si pretenderá, no ya que la disculpen y absuelvan, sino que la canonicen por mártir? Se retira el Jurado á deliberar. Aguardemos un poco y sabremos la sentencia...

—¿Qué es lo que habías? ¿Que se acabó—debería ser condenado también, atendiendo á que aparece probada la seducción?

Pero, hombre, ¿qué idea tienes de la justicia ni de la moral? ¿Cómo van á condenar á un padre de familia, honrado y religioso, que contribuye anualmente al dinero de San Pedro, confiesa y comulga todos los meses, y oye misa todos los días?

—Buena andaría la sociedad si se castigase á los hombres que le sirven de modelo y de ejemplo, aun cuando cometan en la sombra alguno que otro disculpable pedacillo! Medrados estaríamos si...

Ya están ahí los Jurados... Oigamos la sentencia...

Catorce años de presidio con arreglo al artículo no sé cuantos del Código penal.

—¿Lo ves, Juan? Aún hay justicia en el mundo y la iniquidad pobre no puede prevalecer contra ella.

José NAKENS.

Algo es algo

FABULILLA

Robó un granuja y, luego, para enmendar su hazaña, partió con un mendigo la cantidad robada.

Así muchos bribones buscan la paz del alma, sin ver que no consiguen ni aun atenuar su falta, pues nunca hay acción buena si nace de una mala... ¡aunque peor sería robar y no dar nada!

José RODAO.

PLUMADA

PARA D. JUAN VALERA

Loado sea vuesa merced, Sr. D. Juan Valera, que en estos tristes tiempos de etetas y modernistas tiene aún grandeza de ánimo para romper una lanza en pro de la literatura cervantezca, ofreciéndonos con su Morsamor una prueba palmaria de la vivacidad de su espíritu que, inmutabile al peso abrumador de los años, sigue despidiendo vividos destellos, mientras los caducos sentidos se apagan. Hace poco lei en una leyenda china que cierto mandarín induyente, para obtener el favor del rey, hablaba muy de tarde en tarde en los Consejos, seguro de ganar con su elocuencia la voluntad del monarca y de obscurecer con las luces de su razón y la gallardía de su estilo las gárrulas peroraciones de sus compañeros, que estaban á la altura de un Auñón cualquiera. Vuesa merced, Sr. D. Juan, hace en la esfera de las letras lo que en la esfera política hacia el mandarín de la leyenda. Tarda vuesa merced en hablar, pero cuando habla... ¡boca abajo todo el mundo! Con Morsamor la za vuesa merced al abismo de la vergüenza literaria las enigmáticas elucubraciones de los modernistas y los exóticos y pedantescos apogemas de los etetas, parásitos de la literatura que se pasan la vida lanzando ayes lastimeros y que, al decir de Clarín, no creen en nada, ni siquiera en la madre que los parió. ¡Grande y delicada labor la de vuesa merced! Por ella conquistará una vez más el aprecio del público ilustrado, d'élite. Después de sufrir tantas desventajas, ¡con qué placer más grande se saborea

una tan primorosa novela de aventuras! Leyendo á vuesa merced gozo lo indecible, y llevo á olvidarme de que existen seres tan siniestros como Carulla, los etetas, Jackson Veyán y demás golfos literarios. El chispeante Cavia tiene razón cuando hablando de Morsamor dice: «Hacia muchos años que no caían por acá tan gustosas y ricas brevas.» B. DELBROUCK.

El cabecilla

(Para los señores veraneantes en las Vascogadas)

El sacerdote acababa de decir su misa cuando le trajeron los prisioneros. Esto pasaba en un rincón agreste de los montes Arichlegui. Una roca desprendida, en la cual una higuera gigante hundía su torcido tallo, formaba una especie de altar, cubierto á guisa de mantel por un estandarte carlista con fleco de plata.

Dos alcarrazas desportilladas hacían las veces de vinajeras, y cuando el sacristán Miguel, que ayudaba la misa, se levantaba para cambiar de lado los evangelios, sonaban los cartuchos en su canana. Alrededor los soldados de D. Carlos en silenciosa formación, con el fusil en bandolera y una rodilla en tierra sobre la blanca boina.

Un sol radiante, el sol de Pascua de Resurrección en Navarra, concentraba la intensidad de su calor en la cavidad de la roca candente y sonora, donde los salmidos del sacerdote y del monaguillo eran sólo interrumpidos por el vuelo de un mirlo que de tiempo en tiempo atravesaba el espacio. En lo alto, sobre la cresta del pico, estaban los centinelas de pie, dibujando en el cielo sus inmóviles siluetas.

¡Singular espectáculo aquel sacerdote, jefe de un ejército, oficiando en medio de sus soldados!

Y qué bien se leía en la fisonomía del cabecilla su doble naturaleza!

El aire extático, las facciones duras y acentuadas por la tez bronceada del soldado en campaña, un ascetismo sin palidez, al cual faltaba la sombra del claustrero, ojos pequeños, negros, brillantes, la frente atravesada por enormes venas, que á manera de cuerdas parecían anudar el pensamiento y fijarle en una terquedad inextinguible. Cada vez que con los brazos abiertos se volvía hacia la concurrencia para decir el Dominus vobiscum, se descubría el uniforme bajo la estola, y remangando la arrugada sobrepeliz, la culata de una pistola y el mango de un cuchillo catalán.

—¿Qué hara con nosotros?—se preguntaban con terror los prisioneros.—Y esperando el fin de la misa, recordaban los actos de ferocidad que del cabecilla se contaban, y que le habían valido especial nombradía en el ejército realista.

Por milagro aquella mañana se sentía el Padre inclinado á la clemencia. Aquella misa al aire libre, la victoria de la víspera y el regocijo natural en tan señalado día, que no debía de causar emoción al extraneo sacerdote, relleaban en su semblante destellos de alegría y de bondad. Una vez terminado el oficio, mientras el sacristán desmenuzaba el altar, encerrando los vasos sagrados en una caja que á lomos de una mula seguía á la guerrilla, el cura se adelantó hacia los prisioneros.

Estaban allí unos doce carabineros republicanos, agobiados por el cansancio de un día de batalla y de una noche angustiosa pasada sobre la paja de la majada, donde los encerraron después de la acción.

Lívidos y demudados por el miedo, el hambre, la sed y el cansancio, se apretaban los unos contra los otros, como un rebaño en el patio del matadero.

Sus uniformes llenos de heño, sus corrajes desarreglados en la huida y durante el sueño, y el polvo que los cubría de los pies á la cabeza, todo contribuía á darles ese aspecto siniestro de los vencidos, en el cual la postulación física delata el desaliento moral.

El cabecilla los miró un instante con una sonrisa de triunfo. No le disgustaba ver á los soldados de la República humillados, desaharrados y la color perdida, en medio de los carlistas repletos y bien equipados, de los montañeses, navarros y vascos, morenos y secos como algarrobos.

«Vive Dios, hijos míos—les dijo con aire bondadoso—la República alimenta bastante mal á sus defensores. Están tan delgados como los lobos de los Pirineos cuando la nieve cubre las montañas y acuden al llano á olfatear el olor de la carne al resplandor de las luces bajo los soportales...»

«Bien distinto es el trato en el servicio de la buena causa. ¿Queréis probar, hermanos? Arrojad esos infames rosos y ponéos la blanca boina... Tan cierto como hoy es el santo día de la Pascua, concedo la vida á todos los que griten ¡viva el Rey!, los cuales disfrutará de los víveres del campamento como los demás soldados.»

Antes de que el buen padre concluyera, todos los rosos estaban en el aire, y los gritos de ¡viva el Rey Carlos! ¡viva el cabecilla! resonaban en la montaña. «¡Pobres diablos! Habían tenido tanto miedo de morir; y era tan tentador el olor de las carnes que se estaban asando allí al lado, al amparo de las rocas, en los fuegos del vivac, ligeramente rosados á la gran luz del día... Creo que jamás el pretendiente fué aclamado con tanta espontaneidad.

«Que les den pronto de comer—dijo el cura riéndose.—Cuando los lobos gritan de esta suerte es que se les alargan los dientes.»

Los carabineros se alejaron; pero uno de ellos, el más joven, se quedó en pie, delante del jefe, en actitud alta y resuelta, que contrastaba con sus facciones de niño y con la pelusilla, apenas coloreada, que envolvía sus mejillas en un polvillo de oro.

El capote le estaba grande, le hacía arrugas en la espalda, y en los brazos se arremangaba sobre sus delgadas muñecas, y por su amplitud le hacía parecer todavía más joven y más delgado. Sus grandes y hermosos ojos brillaban con el brillo de la fiebre; ojos de árabe, avivados de fuego español. Y la fijeza de aquella mirada de fuego molestaba al cabecilla:

—¿Qué quiere?—le preguntó.

—Nada... Espero que usted decida de mi suerte.

—Tu suerte será la de los demás. Yo no he nombrado á nadie. La gracia alcanza á todos.

—Los otros son unos traidores y unos cobardes... Yo soy el único que no he gritado nada.

El cabecilla se estremeció, y le miró cara á cara.

—¿Cómo te llamas?

—Antonio Vidal.

—¿De dónde eres? —De Paigordá. —¿Qué edad tienes? —Diez y siete años. —¿No tiene ya hombres la República, cuando se ve reducida á reclutar niños? —No me han reclutado, padre... Soy voluntario. —¿Sabes, atreviéndote, que te voy á matar por hacerme gritar: «¡Viva el Rey!» El joven hizo un ademán de arrogancia. —¡Os desafío! —¿Entonces, prefieres morir? —Cien veces. —Está bien... Morirás.

El cura hizo una seña y el pelotón de ejecución, vino á formarse alrededor del condenado, que ni pestañeó. Delante de tan hermoso valor, el jefe tuvo un movimiento de piedad: «Antes, ¿no tienes nada que pedirme?... ¿Quieres comer? ¿Quieres beber?»

—No—contestó el joven—pero soy buen católico y no quisiera llegar delante de Dios, sin confesión.

El cabecilla tenía todavía puesta la sobrepeliz y la estola:

—Arrodíllate—le dijo—y sentándose en una roca, una vez retirados los soldados, el condenado comenzó en voz baja: «Bendíceme, padre, porque he pecado...»

Pero de pronto, en medio de la confesión, estalla espantosa fusilería á la entrada del desfiladero.

—¡A las armas!—gritan los centinelas.

El cabecilla salta de un lado para otro, da órdenes, distribuye los puestos, disemina los soldados. El mismo ha cogido una escopeta, sin quitarse siquiera la sobrepeliz, cuando, al volverse, apercibe al joven, que continúa arrodillado.

—¿Qué haces tú ahí? —Espero la absolución.

—Es verdad—dijo el sacerdote...—Te había olvidado. Levanta la mano, con unción sagrada bendice aquella joven cabeza, inclinada ante él; después, antes de marcharse, buscando en derredor con los ojos el pelotón de ejecución dispersado en el desorden del ataque, da un paso atrás, se echa la escopeta á la cara, y lo abrasó á boca de jarro.

ALFONSO DAUDET.

Torero

«Es cierto, como dice un periódico del Sud América, que el diplomático Sr. Dupuy de Lome, hermano del actual subsecretario de Estado, ha toreado en la plaza de su diócesis, es decir, en el territorio de su legación, y puesto un magnífico par de banderillas»

Si para esto sirven nuestros ineptos diplomáticos, yo enviaría mejor al Algabeño de ministro residente. A lo menos nos representaría dignamente.

Propaganda revisionista en Cataluña

SABADELL-MATARÓ

Al regresar de Cataluña, Madrid me causa una rara impresión. Tengo una fervorosa credulidad en la influencia del ambiente, que ahora se ha acrecentado con motivo de experiencia propia. Diez días pasados en Barcelona, Sabadell y Matató, entre republicanos, socialistas y anarquistas entusiastas, habían vivificado mi espíritu, lleno de incredulidades hace años. Unas horas en Madrid; un rato de tertulia insustancial en el Salón de Conferencias; una vuelta por la carrera de San Jerónimo; una visita á ésta ó la otra redacción; unos apretones de manos, fingidamente cariñosos, de gentes que me odian han destruído el encanto, todo el alegre encanto que prodijeran en mi alma los meetings de Barcelona, Sabadell y Matató, las conferencias en los casinos republicanos de la Barceloneta y de la plaza de Tetuán y en el socialista de la calle Amalia, la visita al Centro federalista y á la Cooperativa obrera de Sabadell y la excursión á la Argentera, organizada por cariñosos amigos de Matató, y, sobre todo, las felicitaciones y promesas de obreros, conmovidos por nuestras predicaciones.

No es mía la culpa. Para tener fe y conservarla y defenderla de los halagos de tantas concupiscencias, en medio de Madrid, es necesario hacer la vida monacal de Nakens, encerrado años y años en su redacción y en su imprenta, la vida de Pablo Iglesias, aislado con los obreros que le siguen, huyendo sistemáticamente uno y otro del contacto de la infinita hampa que pulula por la villa y corte, devorando ansiosa las más sanas inteligencias y las más arrogantes energías.

Creo sinceramente que en Madrid no hay más que estos dos verdaderos creyentes, que viviendo en la ciudad populosa, conocidos en toda ella, consumen sus días como austeros cenobitas, perdidos en el desierto. Los demás somos impulso sin rumbo, á los que mejor conduce el ciego impulso de las olas, que la voluntad personal; pobres cigüeñas arrojadas por la tempestad de las altas torres en que construimos nuestro nido, y que luchamos en tierra, con las alas mojadas, sin poder alzar nuestro vuelo tan alto como el deseo nos lo pide.

Por esto mismo, acaso, porque somos impotentes (si hemos de ser sinceros), para destruir la influencia del ambiente sobre nuestra voluntad, amamos la revolución con mayor ardimiento, aunque con menos, con mucha menos esperanza.

Vista la revolución desde Cataluña y desde Valencia parece un ideal, cuyo día de alumbramiento se aproxima; vista desde Madrid, desde el salón de Conferencias, desde la Puerta del Sol, desde los mismos barrios bajos es un cadáver, para el que no habrá redentor que lo resucite, diciéndole: Levántate y anda.

No nos perturba este ambiente sólo á los revolucionarios. El mal que todos padecemos es idéntico. No se hace aquí política, ni periodismo, ni literatura para la nación, sino para Madrid solamente. Ni gobernantes ni escritores conocemos el país que queremos guiar, ellos con sus actos y nosotros con nuestras ideas. Por eso caminamos á ciegas. El día que la nación alicada sus puños sobre la capital estará hecha la Revolución.

Quien vea en Sabadell un numeroso pueblo obrero, republicano federal, justo y tolerante, lleno de prudencia para las exigencias patronales, armado de fuerte resistencia pasiva contra las habilidades de maristas y

La guardilla

¡Ay! con desprecio profundo mira el mundo la guardilla que se levanta sencilla sobre el lodazal del mundo.

¡Triste! no ve que el inmundo ciego jamás la manilla, que de aurora á ocaso brilla en su frente sol fecundo; que desde ella, el claro cielo se mira más sonriente, más cercano que de su suelo; que allá en su altura, la mente ¡leva mejor el vuelo á su región esplendente!

JUAN R. JIMÉNEZ.

escapados, mantener un casino, una biblioteca, una cooperativa de consumos y una escuela laica, queda verdaderamente asombrado y creará que aquella feun-

El casino federalista es un hermoso edificio, propiedad de los socios, con dos amplios salones, uno para juegos y otro para fiestas y conferencias, y con una bien nutrida biblioteca que todas las noches y los días de fiesta se ve llena de obreros que leen... ¡Obreros que leen!

La cooperativa es una admirable institución. Formóse su capital con acciones de 25 pesetas que tomaron algunos obreros; ellos mismos se encargaron de la dirección y administración del negocio, y en diez años han logrado librarse de la tutela del tendero de comestibles, rapaz en todas partes, comprar la casa en que tienen sus amplios almacenes, constituir un fuerte capital, repartirse muy buenos dividendos y organizar y mantener abiertas, á sus expensas, una biblioteca pública y una escuela laica para los hijos de los socios.

El actual presidente es un modestísimo obrero, á quien encontramos el día de nuestra visita, trajinando entre toneles de vino y sacos de cereales.

—Prosperamos de tal modo—me dijo—que hace pocos días hemos adquirido, muy ventajosamente, una partida de harina, en 8.000 duros... AL CONTADO.

Pedí un reglamento, diéronmelo, y lo leí atentamente aquella misma noche, creyendo encontrar en sus artículos el secreto de aquella prosperidad admirable. El Reglamento es rígido; se ve que ha sido confeccionado por hombres de voluntad enérgica, pero no está allí el secreto con que pueden hacerse estas obras. Está en el alma de aquel pueblo, en aquellos obreros que leen...

Mataró es una hermosa población fabril, donde los republicanos tienen una inmensa mayoría, ganando casi la totalidad de los puestos en las elecciones municipales. Los obreros son socialistas, constituyendo un núcleo poderoso. En pocas poblaciones el trabajador tiene tan arraigada en su espíritu la idea del ahorro. Por eso Mataró tiene gran parte de su riqueza fabril y agrícola en manos de obreros de ayer, riqueza dividida, fraccionada, que lleva el bienestar á todos los hogares. Ante estos dos públicos cultos y sensatos celebramos meetings de propaganda, que creo de mayor provecho que el celebrado en Barcelona.

El pueblo congregado ante nosotros nos escuchó sin grandes explosiones de entusiasmo nervioso, pero con una hermosa atención que demostraba que nuestras palabras caían en su espíritu, sin temor de ser semilla perdida é infecunda.

DIONISIO PÉREZ.

CRÓNICAS SOMERAS

Tontos y sabios

He dudado mucho, he titubeado mucho, he consultado muchos autores, he reflexionado mucho después, y después de todos estos muchos me he decidido por llamar ó poner á esta crónica el título que ustedes ven.

Es decir, que ustedes leen. Por lo demás, las mismas razones existen para haber puesto á los presentes renglones el título ó epígrafe, ó como ustedes quieran, de «Sabiduría é ignorancia», aunque mejor cuadraría, evitando ciertas cacofonías suplidias por una é difícil, titularla—la crónica—«Ignorancia y sabiduría», vienciendo la cantidad á la calidad.

Aunque la cantidad sean los brutos y la calidad los sabios, relativos, se entiende. Acabo de ver en un periódico que en España esa proporción es lamentable.

De los 17.655.632 habitantes que forman nuestra nación, sólo saben leer y escribir 4.904.000 aproximadamente, que con 602.000 que saben leer, forman en junto un total de 5.500.000, resultando vírgenes de todo cultivo intelectual nada más que 12 millones de españoles.

Es decir, 12 millones de hombres en estado de barbecho.

¡Qué atrocidad! Y, sin embargo, caballeros, tenemos en esta bendita nación los siguientes votos de calidad, de que hablaba antes:

- 12.500 abogados.
14.840 médicos.
6.256 boticarios, y
58.362 individuos dedicados á las llamadas profesiones liberales.

En diez años se han revalidado 40.524 individuos en Universidades y demás centros de enseñanza, y todos los años va este número en aumento, y pronto tendremos en España la dicha inefable de poseer tantos votos de calidad como de cantidad, ó lo que es lo mismo, tantos barbechos como doctores, ó como si dijéramos, tantos individuos con muceta como sin ella.

Yo ya sé que todo eso está en lo posible, si bien no es tan fácil ni hacedero averiguar cómo se arreglan esas legiones de tonsurados laicos para ganar el mendrugo. Porque á mí no me digan; esos 4.000 y pico doctores y licenciados y profesores vomitados anualmente por Universidades y centros docentes no logran sacar de sus títulos los necesarios componentes para componer la puchera cotidiana. Es evidente que muchos de ellos se morirían de hambre ó de una grave indigestión de esperanzas sin la garantía del Tesoro, ó en buenas palabras, si no vivieran á costa del país, haciéndose sus empleados, cosa muy distinta de sus servidores.

En un 29 por 100 está calculado solamente los que poseen instrucción elemental; sería curioso saber frente á este dato cuánto tanto por ciento de los doctores viven sólo de su título.

Muy curiosas é instructivas hubieran de ser las deducciones obtenidas de ese dato hasta ahora desconocido, y quizá sirviera para contener la avalancha de malogrados jóvenes náufragos de la Universidad.

Porque es una desgracia, un naufragio verdadero lo acaecido á multitud de inexpertos y rozagantes cuanto soñadores y barbilampiños adolescentes. Cultivando el terreno, cuidando los majuelos paternos, vigilando las paternales vacas, ó como quien dice, siguiendo las domésticas ocupaciones, tendrían asegurado su porvenir sin matarse en los domicilios pupileros ni originar á los papás gastos muchas veces superiores á sus recursos y fuerzas, para adquirir un diploma ó un título que muchas veces no tiene más empleo que adornar una sala con decoración veraniega, vamos, amueblada de verano.

Hay, sin embargo, excepciones honorosísimas. Y lo dicho sube de punto cuando se trata del bello sexo, en los casos en que abandona los calcetines para dedicarse á doctora.

En Vitoria estamos lamentables en la materia, según dijo un importante semanario, consignando el contingente grandísimo de vitorianos dedicados á conseguir pedagógicos nombramientos.

¡Pobres jóvenes! Ya tan desgraciados.

De abandonar tan funesta manía, otra fuera la suerte del comercio y de la industria en Alava, y la crisis que nos consume y aniquila no sería tan grave ni tan honda, ni la emigración alcanzaría las proporciones que alcanza, arrastrando á personas de alguna posición social.

Ó si al menos algún doctor agrícola se dedicara á los ingertos, para mejorar las razas... podría alcanzar resultados tan estupendos como éste:

«Afirmase—y dejó la responsabilidad de la noticia á los que la dan—que un labrador de Capo-May (Nueva Jersey) tuvo la ocurrencia de ingerir un tallo de tomates en uno de patatas, y que cuando llegó la época de la cosecha cogió una buena cantidad de patatas bajo la tierra y de tomates sobre ella. Sería curioso insistir en este experimento y continuar repitiendo los ingertos y cultivando á los descendientes de esta extraña alianza, con lo que acaso se obtendría, andando el tiempo, un fruto enteramente nuevo.»

¡Qué lástima no se puedan hacer ingertos humanos! Entre sabios y barbechos.

JOSÉ COLÁ Y GOITI.

Aristocracia "fin de siglo,"

Los tranquilos ciudadanos del Reino Unido, se han visto sorprendidos al recibir circulares comerciales, anunciando que el Delfin de Francia continuaba ocupándose en el comercio de vinos.

M. de Borbón, como le llaman los periódicos, se ha olvidado manifestar á los ingleses que el mucho dinero que gana en estas empresas, le ha consolado de la pérdida de su trono.

Pero lo mejor del caso es, que manifiesta que su dignidad no sufre en lo más mínimo vendiendo champagne. ¡No es preferible, añade el príncipe Augusto de Borbón, fabricar champagne, que preparar la banarrota fraudulenta de sus Estados para el siglo venidero?

Por lo menos en esto, todo el mundo participa de la opinión del príncipe negociante. Con objeto de complacer á su clientela, el nieto de Luis XVIII, ha resuelto dar á su champagne el nombre de «Crémant royal Auguste de Bourbon.» Este vino, según su fa-

bricante, será de viña real. Por una parte, efectivamente, procede este líquido de las bodegas de un rey, y por otro lado resulta que dicho vino lo bebían los grandes monarcas, y así que lo prueben no querrán ya ningún otro.

Sobre este punto, los nobles ingleses no participan de las ideas de la nobleza continental, pues no creen en modo alguno que la dignidad de un noble se rebaje por dedicarse al comercio, y en prueba de ello vemos que muchos aristócratas ingleses han abrazado el comercio aumentando de este modo considerablemente sus rentas.

La revista británica The Harmsworth, publica la lista siguiente, que no es completa ni mucho menos: Hay un lord Londonderry, que despacha carbón. El marqués de Bute, cultiva sus viñas.

- Lord Studeley, cura jamones.
Lord Harrington, es florero.
Lord Normanby, maestro de escuela.
Lord de La Ware, fondista.
La condesa de Warwick, vende encajes.
Lores Burton, Ardillan y lord Iveagh, cervecedores, como Oliverio Cromwell.
Lord Revelstocke y lord Wolverton, banqueros.
Lord Ashton, fabrica tapices.
Y, por último, lord Glenesk, es periodista.

No está lejos el día en que «Trafalgar Square», ponga por plaza, se va llena de lores y de pares que piden la jornada de ocho horas, como cualquier compañero más ó menos socialista y más ó menos plebeyo.

Romero Robledo

Sres. D. Rodrigo Soriano y D. Dionisio Pérez.

Muy señores míos: He recibido su atenta, en la que me invitaban á la reunión que se celebró en la Asociación de la Prensa, y dándole las gracias por la atención que me dispensaban, tengo el sentimiento de participarles que, razones especiales, me impidieron concurrir al expresado Centro.

Aprovecho la ocasión para ofrecerme de ustedes afectísimo s. s. q. b. s. m., F. ROMERO Y ROBLEDO.

Telegramas

(DE NUESTRO SERVICIO PARTICULAR)

San Sebastián, Julio.

Ha llegado la Reina Regente. Se ha hundido un convento. Han muerto seis moajas. Ha estallado una cañería de agua. El Marqués de Pidal tiene obstruido el camino de su casa con libros de texto. Se han desprendido siete años de latín. Es de esperar que por medio del fondo de calamidades públicas se alivie tanta desdicha.—X.

Españolerías CARGANTES

VIAJE AL POLO

A título de sección recreativa, voy á ocuparme en hablar de ciertos papeluchos que diariamente y á mansalva se divierten en molestar á periódicos y personas respetabilísimas, escuchándose para esto con ideas calificadas por ellos de religiosas, pero que en el fondo son una mezcla extravagante de odios reconcentrados y envidias mal encubiertas. Para los caballeros á que aludo, todos, ó casi todos los periódicos, son focos de horrible impiedad, y hasta mi querido compañero Taboada les parece digno de la hoguera y el sambenito. Si estos salvajes no influyeran en los espíritus timoratos y cuidados, fuera mejor no ocuparse en ellos, pero conviene desenmascararlos. Todas las sectas, por pequeñas que sean, tienen su ídolo, y el de las gentes á que aludo, está en un maravilloso libro, publicado no hace mucho tiempo.

Cuando el poeta, disparatando de lo lindo, quiso abarcar el mundo desde el helado hasta el ardiente Polo,

no se acordó de otros dos polos importantísimos: el Polo de Orive y el Polo... de Peyrolón, quiero decir, el Sr. Polo y Peyrolón, autor de la obra á que me refiero, y que se titula Pepinillos en vinagre.

El polo snosidico es un término medio en el escala-

fón de los polos: ni es ardiente ni es helado; es... malo, sencillamente, es decir, no sencilla, sino rematadamente malo.

Pepinillos en vinagre es un libro con pretensiones de satírico, pero ni los pepinillos ni el vinagre aparecen. Y eso que, cuando el Sr. Polo se atreve á ser intencionado, lo hace de perlas, según dice Menéndez Pelayo con una guasa digna de Valbuena ó de Clarín. Lo que hay es que no se atreve...

Las sátiras del Sr. Polo son dignas del teatro Guignol y sólo sirven para divertir á los niños. Aparece en la obra un librepensador, pues palo; un ateo, garrotazo; un hegeliano, catalán. ¡Y qué bromas las del Sr. Polo! Por sátirillas del género Peyrolón he visto castigar á más de un moceto poniéndole de rodillas ó colocándole en la cabeza cierta máscara barlesca, humillante y puntiaguda, que el progreso moderno ha prohibido en las escuelas. Pero no se vea en este viaje alrededor del Polo y Peyrolón la menor censura á ideas y sentimientos respetabilísimos. Muy al contrario; libros como el del Sr. Polo hacen más daño y mueven más á impiedad y burla que cuantos puedan escribir los enemigos de la fe. Cuando á las buenas causas les sale un Peyrolón, bien puede decirse que les sale un grano maligno.

Cree, sin duda, el Sr. Polo que los españoles son tontos, los católicos inocentes colegiales y la sociedad tribu de crédulos pastores. Sólo así se explica que trate de matar colorines con cañón y elefantes con alfileres, intentando corregir el mundo sin conocerlo ni de vista, y propagar ideas, respetadas de todos, en forma ramplona, exagerada y cursi.

El Sr. Polo y sus secuaces padecen la obsesión de la impiedad. Sus sueños deben de ser horribles. Procesiones de impios cubiertos con gorro frigio y armados de puñales danzan alrededor de sus lechos; masones y asesinos les amenazan; redactores de El Motín les tiran de los faldones, como al marqués de Caravaca en Jugar con fuego, y Hegel, Krausse, Compte, Spencer y otros sabios modernos se disponen á tragárselos... Bien está que pasen malas noches el Sr. Peyrolón y sus secuaces, pero no es tolerable que intenten molestar con sus exageraciones á los españoles pacíficos.

Para esos caballeros, el mundo moderno es una cloaca, el antiguo un paraíso; todo es ahora vicio, todo era antes bondad. Y lo claro está que su primer cuidado es arremeter con la prensa.

«Las redacciones de los periódicos—dice el señor Polo—son modernas máquinas de corrupción. El redactor empieza, por lo común, pegando y llenando fajitas, y si sobra en sus dedos engrudo, falta en cambio ortografía en sus escritos.»

¡No es verdad que el Sr. Polo es una especialidad en autobiografías.

Efectivamente, escritores como el Sr. Peyrolón empiezan pegando fajitas y acaban condimentando... Pepinillos en vinagre. Pereda censuró con razón y con gracia ciertos vicios de que adolece la prensa, la cual, como todo, tiene cosas buenas y cosas malas: claro que en estas últimas está comprendido el Sr. Peyrolón, que es periodista, puesto que en periódicos escribe y á ellos acude cuando quiere darse importancia ó se siente maleante y picarillo. Pero suponemos que el Sr. Pereda no aceptará la compañía de Peyrolón en este punto. ¡Polo y Pereda! ¡Si son los dos polos! Es decir: el polo positivo, Pereda, y el polo negativo, Polo de Peyrolón.

Tras de la prensa arremete con la ciencia, con la sociedad, con el arte y con la literatura, y en el artículo Dos frailes y dos clases de abstinencias el Sr. Polo llega á la cima, inaccesible para los miserables mortales, que solo escalan los genios. Representa la escena una estación del ferrocarril. Llega un tren y el andén queda muy pronto convertido en aboques de cabezas humanas, sacos de noche (un bosque de sacos de noche?), bultos de toda clase, abrigos y maletas (maletas... como el Sr. Peyrolón). Casi á la vez y de dos vagones saltan al andén dos frailes viajeros, legítimo uno y falsificado otro. «Tan saludable, sonrosado, risueño y rollizo era el fraile legítimo, que los clerofobos allí presentes (¡que casualidad!) miraron con irónica sonrisa y gesto despreciativo, recordando y aplaudiendo mentalmente las caricaturas frailesacas de El Motín, Las Dominicales y el Tío Conejo.» ¡No dijimos que el Sr. Polo padecía obsesión de clerofobia! Peyrolón traza después con maestro pincel el retrato del fraile y complácese en decir que es guapo, hermoso y rollizo; ¡como si en eso estuviese la virtud de los frailes! «¡Qué élixir—exclama en un momento de inspiración—ha descubierto nuestro carmelita para no marchitar su juventud?... ¡Será, Dios mío, el élixir de los padres benedictinos?»

Dispongámonos á una importante revelación. «Los carmelitas comen siempre de vigilia; es decir, berzas, potajes, abadejo y aceite; y notorio es además que las féculas y legumbres son alimentos más ricos en sustancias albuminoide y principios hidrocarbonados.»

allí, colocados en fila, dos de los pasajes más conocidos del Nuevo Testamento. Al mismo tiempo no podían menos de contemplar con igual sorpresa la espléndida vegetación que empezaba á desarrollarse en aquellas piedras, dotadas, al parecer, de toda la potencia generadora de la madre tierra; vieron los árboles, tímidos aún y poco frondosos, las escaleras aún chatas y poco desarrolladas, y junto á ellas los animales inverosímiles que empiezan á criarse en los huecos de todas las fajas. Ellos no conocían otra cosa que los bárbaros cristos y groseras imágenes de la época latina; y esta aparición de la puerta del Niño Perdido, enajenada de formas diversas, llena de variadas representaciones de la naturaleza, fué como una luz para los pobres mozárabes, que en el arte habían heredado la antipatía iconoclasta de sus mayores.

La influencia del arte cristiano en el arte musulmán es desde entonces decisiva. Para encontrarla, veamos la sinagoga del Tránsito, obra del siglo xiv, siglo fatal para Toledo que vió asesinados gran número de sus hijos, y ensangrentadas sus calles por las horribles luchas de los hijos de Alfonso XI.

Ya sabemos qué punto de la ciudad habitaban los judíos. Allí existen las ruinas más tristes que posee Toledo. Pero entonces estaba allí el gran bazar de Occidente, resplandecía en sus casas el bienestar, la prosperidad y el lujo, lo mismo que en la Alcaza, donde los más opulentos mercaderes llevaban sus artículos, y adonde concurrían de toda España por ser uno de los principales depósitos. Allí los tejedores de Segovia y de Cuenca llevaban ricos paños verdes y azules, no igualados por fábrica alguna; los armeros de la ciudad presentaban sus admirables hojas, célebres todavía; los Árabes baleares sus hermosas cerámicas, y los Murcianos y Andaluces sus sedas rojas y blancas, que después, con los recamados de oro y la brillante pasamanería, también de origen árabe, formaba las ricas vestiduras que tanto ennoblecieron la figura humana en aquellos tiempos. A la vez el Oriente también depositaba en la ciudad las especias, los incensos, los celamines de perlas, que después vemos adornando, con profusión mundana, los cuellos de la Virgen del Sagrario y otras por el estilo: de Berbería venía el

¡Qué alta lección de filosofía! ¡Qué divina enseñanza para los que padecen del estómago! ¡Qué conocimiento de la química! ¡Si parece un artículo del Sr. Rodríguez Mourel... Pero lleguemos al otro fraile. Aquí Polo se convierte en Juvenal y escribe: «El otro fraile, que temeroso y encogido se asomó á la portezuela de un cupé reservado no pertenecía á orden alguna conocida, pero la capucha de su hábito le daba cierto aspecto fraileño...» «Extravagante—añade—es la presente centuria con énfasis llamada siglo de las Luces... Digo esto porque la clerofobia contemporánea declama y chillá á todas horas contra los frailes, persiguiéndolos en ciertas poblaciones dadas á Barrabás por calles y plazas á pedrada seca.»

Al llegar aquí, la risa se convierte en indignación. ¡Es un escritor católico, quien dice que en España se apreda á los frailes! En España se cometen horrores y hasta se publican libros del Sr. Peyrolón, pero no se maltrata á los frailes. Por el contrario; en Madrid, pasean los religiosos en medio del respeto de todos. Es mas: aun en Italia, en donde los radicales conservan encono hacia la Iglesia, he visto á muchísimos frailes pasearse tranquilamente, y hasta recibir pruebas de consideración. Y al Sr. Polo no le ha ocurrido novedad hasta el presente en sus paseos... Pero sigamos: «Y sin embargo, la presente generación adopta sus hábitos (los de fraile), y cuando llueve arrostra la lluvia por esos mundos de Dios haciendo capuchas y capuchones.» Demos gracias al Sr. Polo en nombre del honrado gremio de vendedores de impermeables, paraguas y hasta capuchinos de bronce, y continuemos:

«¿A quién no chocha—exclama fiero y enardecido—la reciente invasión de impermeables y abrigos de toda materia color y hechura, pero calcaos todos en el figurín (¡Dios me perdone la irreverencia!) de las órdenes mendicantes?» Después de lamentar, y se comprende, esa nueva invasión de los impermeables, más peligrosa que la de los bárbaros (si es que éstos conocían el uso del cautehouc), y sólo comparable á la de la morisma infiel, lamentase el Sr. Polo de que los impermeables pecadores están confeccionados por modistos y de que el fraile apócrifo vaya «embozado en rico abrigo con cepucha forrada de pieles.» ¡Ni para sastrer sirve el Sr. Peyrolón!... Pero ojeémonos en el fraile segundo, antes de que el Sr. Polo deje á un lado sus escrúpulos, y continúe el reclamo de los impermeables, exclamando: «Tenemos un variado surtido: los hay ingleses, género barato, mezclilla, etc.»

El fraile segundo, es, naturalmente, un asco: lleno de vicio, huele á corrupción por todos sus poros, porque según la hondísima teoría, únicamente del señor Polo, los frailes gozan del monopolio de la buena salud. Al ver el fraile número 2 al número 1, quiere escupirle y repetidos golpes de tos llenan su faz inmundicia de espantos sanguinolentos y asquerosos. «¡Hay paciencia para leer esto! ¡Qué persona bien educada gaste ó no impermeable, se permite escupir sin más ni más á un fraile! Por algo dije que cuando á las causas más nobles y respetables de la humanidad les sale un Peyrolón, bien puede decirse que les sale un grano maligno. ¡Qué efecto producirán estas... peyrolonadas á los católicos sinceros y tolerantes?»

«Para qué seguir! En el cuento Un pensador alemán, inserto en el mismo tomo, el Sr. Polo continúa haciendo sus conocimientos en el arte del corte y sastrería y sombrería: «Un joven elegante, rubio como unas candelas, de puntiagudas patillas y gorrita de viaje con sigurne pollas» discute la filosofía alemana en un vagón de ferrocarril. Hegel queda por los suelos y Peyrolón triunfa. En el artículo titulado Palabras inanes, el Sr. Polo censura que se diga: «qué calor ó qué frío hace» cuando hace calor ó frío. Proponemos, para su tranquilidad, al Sr. Peyrolón, una exclamación que no sea inane, v. gr.:

«¡Cuán mal se compaginan las sustancias albuminoide y los principios hidrocarbonados con el sentido común y con la literatura!»

RODRIGO SORIANO.

Benot

Sres. D. Rodrigo Soriano y D. Dionisio Pérez.

Muy señores míos y de mi mayor distinción: Acabo de recibir la carta con que ustedes me honran, en representación de la Junta de periodistas madrileños y de la revisorista de Barcelona, citándonos para la reunión que ha de celebrarse con el objeto de solicitar del Gobierno la revisión del proceso de Montjuich.

Quizá sepan ustedes, de notoriedad, que estoy enfermo. Por esto no me es posible asistir á dicha reunión; pero autorizo á ustedes para que manifiesten que desde luego estoy conforme con cuanto se resuelva en contra

coral en abundancia; de Venecia las joyas esmaltadas; del Asia Menor el ámbar y la mirra, y de más allá del mar donde está la fabulosa isla Trapobana el oro y la plata, que después en los talleres de Sevilla y Toledo formaba los vasos sagrados, las empuñaduras, los marcos de tripticos, los ex-votos, los collares, los relicarios y demás objetos preciosos. En la misma ciudad multitud de artifices labraban esas finísimas cotas, eclipsadas después por las de Milán, los escudos cincelados y todos los objetos que con el aceró alumado y hecho más flexible que el papel por las aguas del Tajo, dieron tanta preponderancia á la industria española.

Esas calles que hoy veis angostas, intransitables, formadas por altas paredes que van á desplomarse sobre el trasente, cuestas donde sorprende encontrar un sér vivo, tristes y silenciosas, llenas de miedo por las noches, y aterradas siempre con la sombra del Marqués de Villena, eran entonces de agradable aspecto y sumamente pintorescas. Las sobreaban y daban frescura los toldos tendidos de uno á otro lado, las cortinas que, prendidas en todos los ajimeces, colgaban formando con su variedad de colores una rítmica vista. Tientos de flores había en todas las ventanas; y en las tiendas serfían de muestra y adorn esas telas orientales semejantes á los tapices de Persia, que por la profusión combinada de los colores, por su riqueza y maravilla parecen un lienzo de pared de cualquier sala de la Alhambra. Los avalorios, los flecos hechos con infinitas borlas de seda y trenzas y festones aparecían en todas partes, porque eran el principal adorno, y fueron de moda muchos siglos, conservándose aun en Andalucía un recuerdo de aquella magnificencia. En otras tiendas los metales preciosos, la alfarería de lujo, las mallas finísimas, los cueros suavizados y perfumados en Córdoba, los arneses, las lanas rojas y azules completaban aquel bazar inmenso, sin que faltaran enormes almendras, predecesoras de los mazapanes de hoy, tortas y panes de especias, frutas secas y licores en pequeñas tiendas portátiles, conocidas desde lejos por el olor del azafrán y de la nuez moscada.

BENITO PÉREZ GALDÓS.

(Continuará.)

Las generaciones artísticas

EN LA CIUDAD DE TOLEDO

(Continuación. Véase el núm. 55)

Ahora Santa Leocadia nos presenta otra tradición que, comparada con la que anteriormente referimos, nos manifiesta cuánto ha cambiado en seis siglos el sentimiento popular. Aquella, enteramente mística, concuerda bien con el espíritu de los primeros tiempos de la civilización cristiana, cuando no concluía aún la elaboración de las creencias, aparece continuamente la intervención divina en todos los problemas que se plantean en este bajo mundo; pertenece á la época del milagro, á la época de la formación de esa gran comunidad que se aumenta cada día con miles de adeptos, á quienes sorprende lo bello de la doctrina y los hechos maravillosos que su práctica produce. La segunda tradición es más humana; mejor dicho, puramente humana; porque pertenece á la época en que la gran comunidad está formada, y el hombre, ya tranquilo en lo que concierne á sus relaciones con Dios, se ocupa en arreglar sus asuntos mundanos, en dirimir sus querrelas; pertenece á los tiempos de las luchas de los hombres, tiempos determinados por la aparición de un sentimiento que desde entonces se apoderó del corazón humano subyugándolo con extraordinaria fuerza, el sentimiento del honor.

La iglesia citada impresionó siempre las imaginaciones populares. La edad caballeresca no podía menos de referir á aquel sitio algunas de sus leyendas, como la que sirve de explicación á la extraña actitud del Cristo que allí se venera. Cuentan que un caballero dió palabra de matrimonio á una joven toledana. Ella era pobre, el hidalgo de ejecutoria; y como suele suceder en semejantes casos, los hombres, máxime si son de más elevada cuna que las doncellas, no ponen el mayor cuidado en cumplir juramentos hechos tal vez cuando la mente no tiene serenidad suficiente para

medir la gravedad de las palabras. Pero esta vez el galán dió su palabra ante el Cristo que en las puertas de la iglesia estaba, y la doncella lo puso por testigo, después de lo cual creyó sin duda que la fortaleza de su honor había adquirido el más celoso alcaide. Pasa el tiempo y llega el instante en que fué preciso cumplir la promesa. El hombre se resistió: ella no sabe qué partido tomar, porque el único testigo es un Cristo de palo de quien no es razonable, ni aun en plena Edad Media, esperar una declaración y una firma. Ella, sin embargo, llena de fe y angustia, lleva á su amante en presencia del Cristo, y pregunta á la divina imagen si no es cierto que aquel perdido novio le dió palabra de casamiento. El Cristo entonces baja el brazo derecho en señal de asentimiento. El joven lleno de estupor y miedo cumple su palabra y todo queda arreglado. El Cristo conservó inclinado el brazo derecho y hoy llama la atención de todos por esta rara actitud, que no tiene ninguna explicación racional.

El milagro, que es cosa esencial en todas las religiones positivas, aparece con toda su fuerza en las épocas de propaganda, y los libros santos le usan como principal elemento de convicción. Cuando la propaganda es menor, porque la creencia se ha extendido y tiene pocos infieles que catequizar, vemos al milagro refugiarse en cosas más mundanas; y la Edad Media con sus costumbres rudas, sus groseros errores, su crasa ignorancia científica, su fe y su sencillez, le ofrece ancho campo, le acoge y le explota. Entonces se apodera de la literatura caballeresca, que por su índole especial necesita un uso excesivo de lo maravilloso: se difunden por Occidente los cuentos orientales, que usan también lo maravilloso, aunque más bien como un recurso apoloético, y entonces el mundo se plagó de leyendas, en que las divinidades cristianas mezcladas en profano maridaje con sus divinidades de origen oriental, tales como magos, sibilas, genios, gigantes, cachidiablos, grifos parlantes y encantadores, intervienen en los asuntos de los hombres, en sus contiendas, en sus luchas, y especialmente en todos aquellos accidentes á que da lugar una falsa noción del honor.

El milagro hace poco papel en el Renacimiento, iluminado por el buen sentido de la antigüedad; languidece después, para venir á morir en nuestros días sin probabilidades de volver á preocupar al mundo.

La leyenda que hemos referido con su intervención divina, con su Cristo ex-machina, es una buena muestra del estado de las creencias en aquella época: en ella vemos sancionado el principio del honor por el testimonio de la divinidad cristiana, juez inmediato de las contiendas de los hombres, que ya no se contentan con referir á un juicio ulterior los hechos de la vida, sino que traen aquí abajo aquel tribunal angusto á fin de establecer mejor la jurisprudencia del decoro femenino, cuya noción, enaltecida después por todos los poetas, y llevada á un extremo de susceptibilidad exquisita, fué importantísima para la perfección de las costumbres y la honradez de las familias.

Volvamos á la catedral, que ya presenta un extraño fenómeno á la admiración de los Muzárabes. Ellos vieron allí á los ochenta años de comenzada la obra una cosa rara, inusitada, en la puerta del Niño Perdido, que es la primera que se construyó; vieron una cosa de que no tenían idea, la escultura aplicada á la arquitectura. Ellos no conocían para la ornamentación de los edificios más que los colores, el mosaico, la pintura y los adornos geométricos en que han hecho tantas maravillas: cuando más, usaban alguna decoración de flores, hojas ó conchas aplastadas de muy rara forma, tomadas de los bizantinos; conocían los laberintos de fajas y rayas que á la vista oscuran, moviéndose como el espejismo de un delirio, y usaban también los almocárabes, parodia de los acantos greco-romanos y del antiguo capitel, que abriendo paso ha recorrido todas las generaciones monumentales. ¡Cuán grande sería, pues, su sorpresa cuando vieron á aquella muchedumbre de figurinas que pusieron los sucesores de Pedro Pérez en la puerta del Niño Perdido, un pueblo entero de pequeñas estatuas colocadas en las tres ojivas concéntricas, como están los bienaventurados colocados en los cielos que inventó la poesía teológica de aquel tiempo! Vieron con estupor aquellas tres series de pequeños troncos, cada uno con su estatua y su doselote, que es una miniatura de una torre; y estas series doblándose en la dirección de la ojiva para abarcar el tímpano donde otro enjambre de enseros humanos representan

de un proceso indigno de la civilización y que deshonra a la España de fines del siglo XIX.

Aprovecho esta ocasión para ofrecerme de ustedes como su amigo y s. q. l. b. l. m., E. BENOT.

PANAMÁ FERROVIARIO

LA COMPAÑÍA DEL NORTE

Cosas que sólo pasan en España.

6.ª Jornada.

En el artículo que publicábamos en el número anterior último de VIDA NUEVA, sobre este mismo asunto, y que era el quinto de la serie, decíamos que el ministerio fiscal no había intervenido todavía, a pesar de haber transcurrido más de un mes, desde la publicación de la hoja con que se inició esta campaña.

Esto no era exacto, pues el día antes de aparecer el número 58 de VIDA NUEVA, en que eso decíamos, nuestro amigo y colaborador, el Sr. Alonso Comá, había estado a prestar declaración sobre los hechos denunciados en la hoja, en el Juzgado de primera instancia del distrito de Palacio, de esta, que fué corte de las Españas, y hoy, a semejanza del sencillo y honrado astur del cuento, apenas es corte de una pobre España, mermada, achicada y reducida y en la que pasan cosas que hacen dudar de que sea nación más que en el nombre.

Sin embargo, no faltábamos a la verdad a sabiendas, sino muy contra nuestra voluntad.

La explicación es bien sencilla: hasta el día 14 no recibí el Sr. Alonso la citación del juzgado, y hasta el día 15, no pudo, por consiguiente, presentarse ante el señor juez a prestar su primera declaración, y para entonces estaba hecha la tirada del periódico, de modo que no podía ya retirarse el artículo, ni hacerse sobre él advertencia ni aclaración alguna.

No necesitamos decir a nuestros lectores, y al país en general, cuánta es nuestra satisfacción al confirmar hoy en VIDA NUEVA la noticia anticipada en El Liberal del día 17 del corriente mes, de que los tribunales de justicia entienden, por fin, en este escándalo fenomenal e inaudito, al que hemos dado el nombre de Panamá de la Compañía del Norte.

No por un sentimiento de venganza, villano y ruin, para el que no hay en nuestro pecho lugar grande ni pequeño; sino porque en esta patria desdichada, donde no se encuentra un hombre, ni con la linterna de Diógenes, ni con los focos de luz eléctrica de mayor intensidad; en esta España mucho más estúpida y degradada que la del rey D. Rodrigo y la de Carlos II el Hechizado, hemos encontrado al hombre que buscábamos y necesitábamos.

¿Qué quien es ese hombre, se pregunta? El señor Durán y Bas; el señor ministro de Gracia y Justicia.

El es quien ha despertado a los que estaban dormidos; él quien ha hecho ver a los ciegos, hablar a los mudos y andar a los paralíticos.

Gracias, señor ministro; gracias, Sr. D. Manuel Durán y Bas. Quiera Dios que no sea V. E. el único de su temple con que podamos contar, porque así, sólo habría esperanza de días mejores.

Publicada, repetidamente, la lista de los señores que componen el Consejo de administración de la Compañía del Norte, en la que figuran los nombres de Girona, Sagasta, Comillas, Rodríguez San Pedro, etc., etc., se comprende bien cuánto se habrá hecho para impedir que el Panamá español vaya, como fué el francés, a los tribunales de justicia, y cuánto tesón y firmeza habrá necesitado V. E. para decir al fiscal del Tribunal Supremo, cuyo presidente es el Sr. Iasa, administrador de la Compañía del Norte en los quince años transcurridos desde 1883 a 1898, ó sea en el periodo durante el cual se han verificado los hechos denunciados en la hoja publicada por la Comisión de empleados de la Compañía del Norte: «hágase justicia aunque se hunda el firmamento.»

Quien ha tenido resolución y entereza para lo más, la tendrá, seguramente, para lo menos.

No podemos, pues, ni debemos dudar, de que el proceso abierto, seguirá la tramitación marcada para los de este género en nuestra ley de Enjuiciamiento criminal; pues por grandes que sean los esfuerzos que se hagan para que la vara de la justicia se trueca, serán mayores los del dignísimo señor ministro de Gracia y Justicia y del no menos digno señor juez de primera instancia del distrito de Palacio, para mantenerla recta e inflexible, pese a quien pese y caiga el que caiga.

Tantas y tales atrocidades como las que se han cometido en la Compañía del Norte, no pueden ni deben quedar impunes.

Tantas injusticias y atropellos, tantos contratiempos y tanta ruina como el tiranuelo Barat ha llevado a millares y millares de familias españolas, dignas y honradas, no deben quedar, y no quedarán sin la justa y necesaria reparación.

La redacción de VIDA NUEVA al asociarse a la Comisión de empleados para emprender una campaña vigorosa en defensa de la moral y el derecho consagrados, ofreció, solemnemente y formalmente, que no la abandonarían hasta que, por lo menos, hubiera intervenido el juzgado de guardia.

Hoy, que el juzgado de guardia entiende en el asunto, adquiere, voluntaria y gustosamente, el nuevo compromiso de seguir unida a la Comisión de empleados, hasta que se obtenga amplia y completa justicia.

Para facilitar al juzgado el cumplimiento de su misión, damos a continuación la lista de los señores que componen el Consejo de administración de la Compañía del Norte al presentarse a la Junta general de accionistas de 1887, las cuentas del ejercicio de 1886 y el balance de 31 de Diciembre del mismo año, en que se advierten los horrores denunciados por nosotros:

D. Manuel Alonso Martínez, Marqués de la Habana, Marqués de Pombal, D. José de Sierra y Cárdenas, D. Pedro de Sotolongo, D. Francisco Sepúlveda, D. Alejandro Shee y Saavedra, D. Joaquín del Pino, D. José Ferrer y Vidal, D. Angel Clavijo, D. Isidoro Pons. Todos estos señores han fallecido. Los que viven son: Marqués de Comillas, don Faustino Rodríguez San Pedro, D. Manuel Girona, D. Santos Isasa, D. Federico Luque, D. Eduardo León y Llerena, D. José María Semprun, D. José Antonio de Ibarra, D. Ricardo de Arellano, don Martín de Zavala, Marqués de Viesca de la Sierra, D. Eusebio Güell y D. Isidoro Pons.

Se suprimen los nombres de los once Administradores que en aquella fecha formaban el Comité de París.

CORREO

Desde tiempos inmemoriales, el Estado español paga a la duquesa de Castro-Eriquez 20.628 pesetas en concepto de Correo mayor de Indias.

Se han perdido las Indias, y la señora Correo, que aun cuando pudo ser Correo en otro tiempo (y conste que no nos referimos a ningún proceso) nunca ha llevado una carta, continúa embutiéndose las 20 mil y pico de pesetas.

¡Y los pobres repatriados se mueren de hambre!

¡Por qué no se nombra un almirante suizo ó un alpinista holandés para que hagan parejas con la Correo?

¡Oh tiempos dichosos del Ruy Blas y de las canoras mayores, que tanto hicieron reír a Víctor Hugo! Nada ha cambiado. ¡Todo está igual!

Elección de carrera

Tenemos los españoles innata inclinación a las viejas tradiciones, y aunque gracias a Dios, para bien de nosotros y de la humanidad entera, tenemos quienes con acierto y energía propenden a la renovación de lo pasado por lo moderno, son tantas las añejas costumbres y tan arraigadas están en el alma de este pueblo, que la lucha que ha de librarse hasta el cambio definitivo, de la vida vieja por la nueva, ha de ser grande, titánica y quizás de mucho tiempo.

La elección de carrera ha sido y es, entre nosotros, cosa tradicional.—Como muchas ideas que nos perjudican y que, sin embargo, practicamos constantemente, han formado en nuestra alma segunda naturaleza.—El padre reparte las carreras a sus hijos como pudiera repartir, a bulto, unos trajes: éste, cura; el otro, médico; aquel, militar. No se les consulta. Ni se les estudian los gustos, inclinaciones y aptitudes. Y resulta que cambiados los trajes, al uno le está grande y al otro chico, y por no haberse tomado la molestia de hacerlos a la medida van hechos unos mamarrachos, resultando, en ocasiones, inservibles.

La tarea delicada y transcendental de elección de carrera debe ser de especial cuidado por parte de padres y maestros. Es un problema cuya solución es imposible sin el conocimiento de los datos. Todos servimos para algo. El que no tenga capacidad para los estudios puede ser un buen artesano. La cuestión es no cambiar los términos. Mientras que Cervantes se dedicó a la poesía no pasó de ser un poeta, como hay muchos; cuando escribió en prosa, y de ésta al género que tenía aptitud, se hizo inmortal. Descartes, como médico, era tan malo como otro cualquiera; cuando se cansó de matar enfermos se dedicó a la filosofía, y trastornó las ideas del mundo. Si a Napoleón le hubieran dedicado a la carrera eclesiástica, hubiera sido tan excelente ministro del Señor como San Luis Gonzaga bravo general. Es necesario estudiar con detenimiento en bien del particular y de la sociedad humana, los gustos, inclinaciones y aptitudes del individuo. Entre nosotros, que hay muchísimos médicos, abogados y literatos y verdaderas legiones de curas, frailes y políticos, tenemos pocos hombres de ciencia y casi ningún inventor. Sabemos que la mecánica es la ciencia del porvenir, y no obstante, nos dedicamos a la política. En cada calle tenemos un convento y no tenemos ninguna fábrica. Y lo peor del caso es que no nos curamos de tan grave enfermedad. Las reformas del funesto Pidal comenzarán a regir desde Septiembre. En otro país cualquiera no hubieran pasado. Y es que entre nuestros vicios tenemos uno grandísimo: la inconstancia en todo. Protestó España entera, se puso el grito en el cielo, Pidal calló, y cuando todo el mundo calle él hará su voluntad, y sus egoísmos é intransigencias quedarán satisfechos. Los directores de la cosa pública no quieren ver que las naciones cultas y ricas se consagran con afán al estudio del mundo físico, y que el estudio del latín, de la filosofía tomista y de la religión, si bien son estudios útiles, están relegados a lugar secundario. Es el hombre animal de costumbre. Si somos tan tercos, que no queremos despojarnos del vestido viejo, ya sucio, roto y casi inservible, y seguimos como hasta aquí, apegados a la rutina, imponiendo la carrera a la juventud, no haciendo la selección debida, ni estudiando sus gustos y aptitudes, inclinamos, por lo menos, a lo más útil y necesario. Cambiamos parte de nuestras Universidades é Institutos en Escuelas de ingeniería y de artes y oficios, y en vez de inclinar a los jóvenes a vestir un hábito religioso, encerrándolos en un claustro, donde huben eobardemente del trabajo y del hambre, pongámosles la blusa del obrero é instruyámosles en el manejo de aparatos útiles. El conocimiento del latín—útil por ser madre de nuestro idioma—es menos necesario, por ejemplo, que el conocimiento de la maquinaria. ¿Cabe en lo posible que los españoles no tengamos aptitud para las artes mecánicas? Si nos consagráramos con tan ardiente y perseverante celo y desplegáramos nuestras energías en el estudio de las ciencias físico-naturales, como en el estudio de las letras, valdríamos lo que los ingleses. Causa profunda pena ver que nuestras primeras materias sean vendidas y llevadas al extranjero, para después de elaboradas sean compradas por nosotros a precios fabulosos. Una serie de causas contribuye a este mal y muy singularmente la elección de carrera. Si tuviéramos hombres aptos para la fabricación, la ganancia que va a fuera quedaría en casa. Las rutinas son todas funestas y hay que extirparlas. En mi concepto, la que es objeto de estas cuartillas es una de las peores. Es necesario que nuestros publicistas, amigos del progreso, alcen su autorizada voz y clamen con todas sus fuerzas contra tamaño abuso. Con él no se ultraja la fortuna de un particular, sino el patrimonio del público; obscurécense los ingenios, que deberían ser ilustrados; falsease y corrompese el fin de la enseñanza, y de esta manera no encanzando la inteligencia por el camino recto, se quita al pensamiento nervio, vigor a los afectos, virtud y eficacia a los estudios y vida é incremento a la felicidad pública. Si seguimos por el camino viejo no conseguiremos nunca ser un pueblo feliz, culto, rico y moral.

HERMENEGILDO MONTESINOS.

El Orden

¿Qué principio más hermoso es éste! Sin orden no se concibe la existencia de ninguna sociedad, pueblo ó nación. La ley no es más que la confirmación del orden, su garantía, su expresión, el medio por el cual se mantiene y afirma... pero, ¿qué es el orden? ¿Cómo lo entendemos? ¿En qué condiciones lo invocamos?

No hay duda de que para los humildes ratones, el orden consiste en una despensa bien provista, oscura, silenciosa y libre de gatos. Para los gatos, en un buen golpe de ratones, que no tengan huida. Para el labrador, en una parcela sembrada de abundosas mieses bien defendida del ganado. Para el ganado, en esa misma parcela con un portillo en la cerca.

Para Claudio Nerón el orden era que todos los cie-

dadanos pusieran el cuello sobre el tajo para cuando él gustase de bajar el hacha. Los que le dieron de puñaladas hicieron en representación del orden. Los que se sublevaron, invocan el orden, y los gobiernos fusilan en nombre de ese mismo principio. Así es difícil entenderlos.

Los pueblos abusan de la libertad, dicen ciertos amigos del orden. Justo, dicen otros amigos: lo mismo que los gobiernos abusan del poder, y váyase lo uno por lo otro. Y entramos tienen razón porque es verdad lo que dicen: solamente que por cada día que abusan los pueblos, vienen abusando los gobiernos cincuenta años. Y en esto ya no se ve la proporción.

Dentro del tan acreditado régimen parlamentario debajo del cual vivimos, el orden creo que consiste en mantener contra viento y marea la sabia serie de recomendables ficciones en que descansan. En cuanto se rompa por un solo punto el círculo vicioso en el que todo el intrínseco se encierra, apaga y vámonos. ¿Quién engendra al Gobierno? El Parlamento. ¿Y al Parlamento? El Gobierno. Que es el problema del huevo y la gallina llevado a la Gobernación del Estado.

En realidad, ni en Gobiernos ni en Parlamentos pone tanto así de hechar al buznazo del pueblo, al que se lo dan todo mascado y comido. De esta ficción importantísima derivanse otras no menos importantes, que forman la armazón del sistema. ¿Quiénes constituyen el Parlamento? Los mandatarios del pueblo. Pero su mandato es irrevocable, bagan y deshagan cuanto les venga en gusto. Y es, que real y verdaderamente, no debe revocar poderes que no ha conferido. A despecho de todo, la lógica existe.

El principal objeto del Parlamento es hacer leyes: para hacerlas está la mayoría. ¿Y qué es la mayoría sino una prolongación del Gobierno? Luego si el país quiere hacer, alterar ó revocar una ley, es preciso que cuente con la mayoría parlamentaria ó lo que es igual con el Gobierno. El círculo no puede ser más perfecto.

Como por este camino no habría reforma posible, y no la hay, salvo el deseo de los que gobiernan, si e país se agita pidién do ésto, lo otro ó lo de más allá, el Gobierno, cumpliendo los cánones de la sacrosanta rutina, echa la Guardia civil a la calle y si el benemérito Instituto sale con las manos en la cabeza, suelta la caballería, la infantería y la artillería, y no la marina, por ser poca y estar reservada para las ocasiones.

Lo primero es el orden, lo segundo el orden y lo tercero el orden, para todo Gobierno que sabe lo que trae entre manos. Esto de imponer el orden é estacazo limpio, las más veces sin necesidad, es otro convencionalismo pasado en autoridad de cosa juzgada, que todos aceptamos como dogma indispensable de la gobernación de los pueblos.

Al aplicarlo un Gobierno, claro es que quiere decir en pocas razones y en muchos palos: «para que lo entiendan: el orden es que me dejes hacer y deshacer a mis anchas, sin que te entremetas en mis cosas, que por ser mías, has de tomar por buenas. El orden es que no me perturbed con tus voces y tus clamores; que yo mande y administre y reparta y derroche, sin que la más leve protesta hablada, escrita ó brincada venga a desconectar la obra feliz que voy realizando, sin que tú, pueblo inocente, tengas en ella ninguna parte. El orden es que yo viva y triunfe y dure cien años cuidando de tus intereses como buen padre de familia, que no es dado escoger a los hijos... y en último término, es orden es lo que yo quiero que sea, y en paz; y tú deber defenderte como principio sacrosanto que tiene a su favor la infantería; la caballería, la artillería, la guardia civil, los carabineros, el resguardo de consumos, la policía general, municipal y judicial, los delegados del poder, las autoridades de todos los órdenes, tod ese formidable conjunto de fuerzas que tó pagas y de que yo dispongo... y después de eso, ¡resbálate y verás!

Podrá perderse todo lo perdible, incluso lo que no perdió Francisco I en la batalla de Pavia; podrá desgarrarse por veinte partes el teóricamente intangible territorio nacional y quedará la patria empobrecida y desnuda, tapándose las vergüenzas con cualquier oda fiambre... pero sobre ese desnudo de osamenta, resplandecerá el orden, el orden de los sepulcros, que ambicionan los gusanos.

No sólo es un convencionalismo antiguo sino una deidad negra y terrible cuando vibra en la vil estaca del polizón ó hace gemir a la humanidad en el calabozo, aumentando su horror con el horror de la tortura... ¡Ah, no es el orden la defensa del poder, como no es el derecho la mera defensa de la posesión, conquistada Dios sabe por qué medios!

El orden debe ser resultado de la voluntad social seriamente dirigida y de la concordancia entre la naturaleza y el hombre, sólo por la cual cumplirá éste sus fines en el tiempo y en el espacio. Todo acto rebelde a la voluntad social inequívocamente manifestada, ó contrario a las impasibles determinaciones de la Naturaleza, es un desorden, una infracción de leyes y mandatos anteriores y superiores a gobiernos, pueblos y razas.

¿Qué ha de ser orden ese ruin concepto de egoísmo gubernamental, que se apoya en las culatas de los fusiles por no tener un mal silogismo en que apoyarse.

José NOGALES.

Por la idea y por la libertad.

Describe Maeztu en un interesante artículo el aspecto actual de Viena, de quien dice que está comida por el clero, y viene, tras una serie de consideraciones originalmente expuestas, a afirmar que la obra que debiera emprender una patria-práctica es la de combatir al clericalismo y a la Iglesia en nombre del pan nuestro de cada día y no en el de la razón y el de la libertad, que son—a su juicio—ideas sin eficacia, mal ó nunca encarnadas en el espíritu español.

Es indudable que en una nación pobre como España, un clero que tiene anualmente asignada en los presupuestos del Estado una cantidad que excede de 40 millones de pesetas, ha de representar una carga enorme para el país productor; y si a ésto se agrega lo que, particularmente, por los infinitos medios de que disponen, sacan ese mismo clero, los jesuitas, los frailes y las demás comunidades religiosas, la suma de dinero que la Iglesia y la religión cuesta a los españoles es de tal importancia, que bien merece la pena de tenerse en cuenta por todos, y especialmente por los Gobiernos que saben que hoy el problema económico es la cuestión más ardua y la que en primer lugar debe abordarse.

Tratárase de un organismo social cualquiera, sin más importancia ni significación que su mayor ó menor coste material con relación a su utilidad, y no tendría nada que replicar; combatiéndolo sólo por razón de ocharos.

Pero el jesuitismo y la Iglesia con toda su cohorte de órdenes y comunidades religiosas, no pesan sobre nuestro pueblo solamente por lo que en materia de riqueza específica consumen y sacan del país, sino que

pesan más por lo que atañe a otras causas de indole puramente moral y que tanto, tantísimo han contribuido, más que a nuestra ruina, al lamentable estado de atraso, de decaimiento é ignorancia en que se halla España, precisamente porque las ideas que dimanen de la razón y tienden a enseñar al pueblo los derroteros que deben seguirse para llegar a la libertad, han sido ahogadas por la Iglesia para que no penetraran en las inteligencias en que debieran encarnar.

La Iglesia y el clero no han, ciertamente, desatendido sus intereses materiales; los han defendido con tesón de terco y con artificiosas sordideces de avaro; pero también es innegable que jamás descendieron su obra moral, combatiendo sin tregua por las ideas y por las doctrinas, difundiendo el fanatismo y la superstición, luchando con ahínco y con ferocidad en contra de todo lo que pudiera mermar su influencia espiritual, y estoy por afirmar que por esto último, que es para ellos primordial, han trabajado más y con mayor empeño que por lo primero, porque no cabe duda que lo uno depende de lo otro.

Si ellos no hubiesen dominado moralmente al pueblo, ¿hubieran podido acaparar sus riquezas? ¿Habrían podido introducir sus manos en los bolsillos del hombre, sin tener subyugada la conciencia del fanático?

¿Cómo, pues, hemos de acudir sin invocar las ideas en que se basan los principios de razón, de justicia, de libertad y de progreso, a pedir a las gentes que no den su oro—que al fin y al cabo es materia vil y deleznable—á quien tienen entregada la conciencia, que es lo único que dignifica y hace fluctuar al hombre sobre los demás seres?

¿De qué, sino de lo sobrenatural, se han valido el jesuitismo y el clero para explotar y embrutecer a los pueblos? ¿A qué, sino a lo racional, hemos de acudir nosotros para redimirlos é ilustrarlos?

Bueno es y conveniente y de eficaces resultados que al pueblo se le diga, designándole al fraile: «Ese que ves ahí es un parásito, vive á tu costa. Mientras que tú te afanas y fecundas la tierra con tu sudor y tu trabajo, sufriendo los rigores de la intemperie, él se pasea descansadamente bajo los arcos monumentales y frescos de templos y monasterios; mientras tú te asfixias en horrible hacinamiento con tus semejantes en el fondo de la mina, atrofianado tus pulmones en una atmósfera irrespirable, él discurre reposadamente bajo las frondas de solitaria y apacible alameda; mientras tú, encorvado sobre tu mesa de trabajo, consumes el jugo de tu cerebro buscando una relación lógica, una combinación mecánica ó una fórmula científica, él, tendido en la cama de su celda, ronca en quietud intelectual serénica; mientras tú te consumes y te preocupas por el pan cotidiano y la suerte de tu prole, él hace una digestión y se dispone para otra, sin que le importe un ardite el porvenir de la especie á cuya perpetuidad contribuye como varón sin pasar los desvelos de padre...»

Pero ¿son realmente esos los males graves, hondos, funestos que él jesuita, el fraile y el cura causan a los pueblos? No. ¡Ojalá no hicieran más que comer, holgar y vivir á costa de ellos! ¡Ojalá que la Iglesia, en estos tiempos, hubiera limitado su acción á conservar y á acrecentar bienes materiales! ¡Ojalá que las doctrinas y las enseñanzas, las ideas y el espíritu de una y otros no pesara tanto y tan gravemente como pesan sobre la conciencia pública, que en lo moral no ejercieran tanto injurio sobre la educación y sobre las costumbres!

Esto es lo más lastimoso, lo más desconsolador en este país por lo que se refiere á esta cuestión, que hay que juzgarla y examinarla en su conjunto y no por hechos particulares y aislados.

No cabe duda que España, para mejorar en su situación económica, necesita arrojarse de su seno los zánganos que consumen la miel sin ayudar á construir el panal; pero para que lo pueda conseguir, es preciso educarla, ilustrarla, descatolizarla, y esto no puede hacerse más que por medio de la propaganda de las ideas que hablen á la razón, y encendiendo luces de libertad en los espíritus obscurcidos por el fanatismo y la ignorancia.

El cuadro que Maeztu copia no sólo lo ofrece la población alvaresa, objeto de su estudio, sino todas las de España. No se trata de una ciudad, sino de una nación comida por el clericalismo. Pero comida en lo moral y en lo material, indudablemente en lo primero más que en lo segundo; y para que esto no siga sucediendo, para combatir contra ello, hay que invocar, no sólo el nombre del estómago, sino con más ahínco, con mayor energía, con tenaz persistencia, el de la razón, el de la libertad y el del progreso, que siempre han sido y serán los ideales de más eficacia para comover á los pueblos, y por los que los hombres de ideas han luchado hasta el sacrificio.

El egoísmo no es más que una pasión mezquina; las ideas serán siempre la enseña que guíe á la humanidad en sus eternas luchas por la perfección y el progreso.

José CINTORA.

LETRAS pasadas de moda

Pobreza.

«Y como el rey D. Enrique el Doliente de Castilla no tuviera con que comer aquella noche es fama que mandó empeñar su gaban.»

(Crónica de Castilla.)

«La preclara reina era tan mujer de su casa y económica que es tradición zarca los vestidos de su esposo y ella misma lucía tan modestos arreos que el pueblo no los envidiaba si bien admirábalos con efusión porque veía en la modestia de la magnánima Isabel el recato que correspondía á un país pobre.»

(Prescott, Historia de los Reyes Católicos.)

«Martes 20 de Enero de 1654. El rey grandes nuevas ha recibido de victorias. En Palacio no se pudo comer hoy que sirvieron un pollo podrido.»

«Es grande la miseria de nuestros reyes.» (Jerónimo de Barrionuevo, Avisos de la Corte.)

Sagunto

May pronto será un hecho. En el magnífico anfiteatro de Sagunto, que tantas nobles tradiciones artísticas guarda en sus ruinas, se representará la ópera de Pedrell, letra del ilustre Balaguer, Los Pirineos. La obra que tanto éxito logró en Venecia y otras ciudades, será un éxito.

Sagunto, á imitación de Orange y Nimes, ofrecerá al mundo del arte una resurrección del antiguo esplendor clásico. Bajo el anchisimo velo rojo que atenúa el azul del cielo y los rayos del sol, frente al mar latino terso y azulado, junto á las troncoadas ruinas, que que hablan de combates y tragedias, en el anchuroso teatro que contuvo enredadas muchedumbres, se escuchará la elevada música de uno de nuestros primeros maestros.

¡Bien haya por los valencianos! Regeneradore en la

política puesto que vencen siempre al gobierno, regeneradores en la ciencia ya que ayudan á la fundación del sanatorio de Portaceli que se ha inaugurado estos días para honra del ilustre Dr. Moliner, quienes ser también los regeneradores del arte, llevando al pueblo, no á espectáculos de sangre, sino á fiestas de cultura y civilización.

CASTROVIDO

Al valiente periodista, Roberto Castrovido, preso en Valencia por haber escrito muchas verdades, enviamos nuestro cariñosísimo saludo. Alcanse pronto á la libertad y deje su puesto á otros periodistas. ¿Quién dijo que España es un presidio suelto? Suelto para todos, menos para los periodistas.

Letras de moda

«Con la suma de la lista civil apenas cubre sus gastos la familia real. Es, pues, gran sacrificio el que hace nuestra magnánima reina.» (La Epoca.)

«Realmente se comprende que país tan pobre como Francia gaste un millón escaso de francos en sostener á su Presidencia. Para países tan prósperos como España se puede mantener el antiguo bono que vemos desde el extranjero como pintoresca curiosidad.» (La Aurora.)

REVISIÓN

A última hora sabemos que el Congreso de los Diputados ha aprobado la REVISIÓN DEL PROCESO DE MONTJUICH. ¡La campaña logra sus frutos!

Lo que parecía irrealizable se ha realizado.

Ahora es preciso que no quede la empresa en ciernes. Por nuestra parte no cejaremos en la campaña. La REVISIÓN es un triunfo, pero debe ser una revisión verdad. En el «meeting» de San Sebastián pediremos la libertad provisional de los presos y el castigo de los culpables desde los más altos á los más bajos. VIDA NUEVA se felicita del triunfo como de un triunfo propio. La fuerza de la opinión ha hecho que los más dudosos vengan á nosotros desde todos los partidos, que hombres como Ferrer y Vidal, enemigos de la revisión de Montjuich, confiesen públicamente su error en las Cortes y pidan luz en el asunto, que los hombres llamados sensatos vayan del brazo hasta con los anarquistas. Nosotros contemplamos regocijados este sublime espectáculo. Sirva de lección á los españoles. Vean cómo la constancia y la fe llevan al triunfo en estos tiempos de beatos, estetas y decadentes. Vean cómo se consigue todo con energía.

Energía, pues, y se vencerá.

BILBAO

Nos dicen los obreros huelguistas de Bilbao:

Nada más lejos ha estado de nuestro ánimo que provocar una huelga general. Los cargadores del muelle de Altos Hornos presentaron una reclamación de aumento en los salarios, precisamente en el momento en que no había bargun algo para la descarga, dando dos días de término para que se les contestara. Llegó un buque con cargamento de carbón, y antes de ponerse al trabajo, una comisión de los obreros solicitó del listero general de la fábrica, Sr. Sagastagoitia, contestación á la reclamación formulada; á lo que aquél respondió que el Consejo de Administración no había resuelto nada. Volvieron los obreros al segundo cuarto, y al hacer de nuevo la petición, el Sr. Sagastagoitia contestó burlescamente que por trabajar desde las cinco de la mañana hasta las siete de la noche, les abonaría tres cuartos de día. Ante semejante desvergüenza, los obreros cargadores se declararon en huelga.

Ya ve el público cuánto dista esta versión, que la verdadera, de la que ha publicado la prensa de Bilbao.

La fábrica pretendió suplir á los huelguistas con los peones de movimiento, pero estos se negaron, reconociendo la razón de los cargadores y por no dar lugar á choques entre compañeros, siendo por esta causa despedidos del trabajo. Se apeló entonces á los del lingote para que ocuparan los puestos de los despedidos y respondieron que así lo harían siempre que volvieran al trabajo los que acababan de ser echados á la calle. También estos peones del lingote fueron despedidos como los otros.

Así han transcurrido los dos días últimos, sin que los obreros de los departamentos todos de la fábrica hayan dejado de trabajar un momento. Pero hoy, esta mañana, resuelta la fábrica á provocar á los obreros, con mucha fuerza pública á sus puertas, han ido los jefes de talleres despidiendo gente sin ton ni son, á este quiero á este no quiero, lo que visto por los obreros, se apresuraron todos á abandonar el trabajo, no quedando á las diez de la mañana en toda la fábrica de Altos Hornos ni uno solo, si bien quedaban grandee pelotones de guardia civil y soldados, que no podrán alimentar los hornos.

Esto en cuanto á la fábrica de Altos Hornos. Se ve pues, que los provocadores son los fabricantes. De parte de los obreros está la prudencia, la corrección. De la de los otros, el atropello y la violencia.

En la fábrica «La Vizcaya» ha ocurrido casi dos cuartos de lo mismo.

Las Comisiones de huelga.

La vuelta á la Inclusa

—¡Padre!
—¡Madre!
—¡Juan de mi alma!
—¡Pedro de mi corazón!
—¡Que me maten! ¡Que me maten! Pero yo no me separo de mis padres ni de mis hermanos.

Y aquella familia sin ventura se estrechaba formando una piña apretada y llorando á lágrima viva. Allí, en el zaguan de la Inclusa, pasaba algo gordo; las cigarreras que salían de la fábrica, los transeuntes y los vecinos de la calle de Embajadores atraídos por los gritos y los lamentos, formaron pronto una muralla humana á la puerta del benéfico establecimiento.

Las mujeres lloraban, los hombres enseñaban los puños y en vano los agentes de la autoridad pretendían disolver la amenazadora é imponente multitud.

La Hermana de la Caridad y el Director de la Inclusa trataban en vano de convencer á los pobres campesinos; no querían, no querían que su Magdalena volviera á la Inclusa.

Ya se conocía por el traje característico que el tío Eustasio, su mujer y los dos mocetones que los acompañaban eran labriegos de tierra de Segovia, y tan de Segovia, como que habían nacido en Cantimpalos.

Magdalena tenía 20 años, era hermosa como el sol naciente, rubia como las espigas de la meseta de Castilla, alta, flexible y esbelta, con unos ojos azules que daban miedo y un busto de escultura griega que imponía; imponía por la expresión de inocencia y castidad de aquel semblante de nieve y grana.

Con su limpiísimo y cuidado guardafios de percal, su pañuelo rojo de espuma, su jubón de paño negro con guarnición de terciopelo y botones de filigrana de plata en las bocanangas, su delantal de sarga, su trenza de espiguilla y su moño de aldaba, Magdalena podía pasar por la hija de un alcalde bien acomodado de una aldea.

Requeridos, sin saber para qué, por la Dirección de la Inclusa, venían de Cantimpalos á Madrid, y venían obedeciendo al requerimiento porque Magdalena era inclusera.

La mujer del tío Eustasio había perdido las esperanzas de tener una niña; tan pronto como acabó de criar á su Juanico, sacó de la Inclusa á Magdalena, sin tener para nada en cuenta el salario que la Diputación abonaba á las amas externas.

Salario que no se le volvió á abonar desde que Magdalena cumplió los 7 años, ni la mujer del tío Eustasio se volvió á acordar de que tal Inclusa había en el mundo y hasta se le olvidó que no había dado á luz á Magdalena llenándose la boca de ¡hija mía!

Magdalena por su parte correspondía á aquel afecto con tan singular ternura que tenía embobada á su madre, al tío Eustasio se le caía la baba, y sus hermanos

Pedro y Juanico no tenían cosa que ver en el mundo más que la niña.

En aquella casa, en efecto, nadie veía más que por los ojos de la niña; es verdad que tenía sorbidos los sesos á todo Cantimpalos.

El anciano señor cura decía que era una santa. El médico que se descubrían en ella rasgos fisiológicos de elevadísima alcurnia.

El señor maestro la enseñó aritmética, geografía, historia de España y, sobre todo, á leer con corrección y escribir con buena letra y sin faltas de ortografía.

El sacristán la impuso en los rudimentos musicales de su escaso repertorio, y era lo que había que oír cuando Magdalena cantaba las Flores de Mayo en la iglesia.

Magdalena sabía coser, planchar, dirigir una cocina y administrar los intereses domésticos de una casa por mucho trajín que hubiera.

Había prosperado el tío Eustasio con la ayuda que le prestaban sus hijos que eran honrados, obedientes, trabajadores y en aquel modesto hogar se respiraba un ambiente de felicidad envidiable.

Una noche llamó al tío Eustasio el Juez municipal de Cantimpalos y le dijo:

—Tío Eustasio, es menester que se presente con la niña en la Inclusa de Madrid.

—¿Para qué?—dijo el buen hombre sobresaltado.

—Aquí no lo dice—repuso el Juez volviendo á leer el oficio del Director de la Inclusa;—pero yo creo que no será para nada malo.

Nadie pegó los ojos aquella noche en la casa del tío Eustasio; cálculos, presentimientos, figuraciones... ello es que nadie estaba tranquilo.

Al día siguiente toda la familia se puso en camino para la corte. ¡Como que se iba á quedar ninguno en Cantimpalos sin Magdalena!

Llamaron á la puerta de la Inclusa, abrió la Hermana de la Caridad, los labriegos se descubrieron diciendo:

—Somos nosotros, los de Cantimpalos, esta es Magdalena, nuestra hija, la niña; ¿verdad usted que está hecha una arrogante moza?

—Bien, repuso la hermana; pasa Magdalena.

—¿Y nosotros?—se atrevió á decir vivamente el tío Eustasio.

—Ustedes van ahora á la Dirección donde les abonarán la mitad del importe del viaje y se vuelven cuando quieran al pueblo; Magdalena se queda aquí.

Este era el motivo de la tragedia que se desarrollaba en el zaguan de la Inclusa y que había atraído á cigarreras, transeuntes y vecinos de la calle de Embajadores formando el apretado grupo que los del orden pugnaban por disolver.

Las protestas, los ayes, los lamentos, las súplicas y las amenazas de los pobres labriegos eran inútiles, la autoridad del Director y la crueldad de los reglamentos se imponían.

Magdalena, de superior talento que aquella pobre

gente, única familia que tenía en el mundo, se hizo cargo de la situación; era inclusera y la reclamaba la Inclusa.

¿Qué le importaba á la Inclusa su felicidad, su bienestar?

Por encima de todo estaba el reglamento de la caridad.

La Inclusa no tiene corazón y no sabe lo que es vivir los primeros veinte años formando parte de una familia honrada que brinda al pobre huérfano con el calor de su cariño, que le alimenta, le viste y le instruye generosamente.

No sabe lo que es para el expósito encontrar padre, madre y hermanos cariñosos que hacen olvidar, ¡qué olvidar!, dar las gracias á Dios del abandono de los que le dieron el sér.

En las listas del establecimiento hay un hueco que ha de llenarse y se llena; para ello es preciso matar de dolor á unos pobres ancianos, de rabia á unos jóvenes, sus hijos, y de pena en la reclusión á una mujer hasta entonces feliz y libre; pues que revienten, que se mueran si quieren; la Inclusa es la Inclusa y hay que cumplir el reglamento de la caridad provincial.

Un destacamento de municipales desahozó los grupos sable en mano, empujando á los labriegos hacia la calle y á Magdalena hacia la puerta de la Inclusa, en cuanto penetró en el interior del establecimiento, la Hermana de la Caridad fría, rígida, impassible, dió un portazo, recluyendo á Magdalena en el presidio de la caridad oficial.

MARCELINO MENÉNDEZ Y HURTADO.

Los dos Pacos

Un mi amigo que en otra época, ya lejana, estaba de pasante en el bufete del Sr. Silveira, me ha referido acerca de los prolegómenos de esa íntima enemistad, entre los dos Pacos datos muy verdicosos y muy curiosos que mi legendaria reserva y mi nunca bastante ponderada discreción, me impiden repetir en este sitio. Pero sí puedo recordarlo lo que nadie ignora, y es aquel bizarro y furioso hechoteo de armas parlamentario con que ambos adversarios evidenciaron ante la representación nacional añidida y ante todo el país consternado, aquella su mutua rivalidad que desde entonces no debía hallar remedio, no obstante ciertas engañosas apariencias de tregua y de reconciliación, de tiempo en tiempo manifestadas.

El Sr. Romero Robledo acababa de fugarse de su segunda ó tercera casa paterna; había reñido con su tutor dinástico D. Antonio Cánovas, por calaveradas propias de la juventud política, y llevaba—políticamente, se entiende—en compañía de mozos troneros y viejos trasnochadores, una vida imposible. Entonces fué, cuando D. Francisco Silveira, que desde niño había asombrado á la sociedad con su austeridad y sus bue-

nas costumbres, prefiriendo la compañía de los académicos más indigestos á la de los totereros más alegres, y haciendo gala de ese amor al estudio de derecho en todas sus formas que había de proporcionar á la España de hoy día un bienestar moral y una prosperidad material tan indiscutibles; entonces, fué, repito, cuando el sustituto de Romero, en el corazón del Sr. Cánovas, se revolvió airado, severo, implacable contra el discolo Panchito. Sus filípicas causaron sensación, y Panchito, que conforme todo el mundo sabe, no es jinete fácil de desmontar, perdió los estribos, una tarde, al escuchar de labios de su adversario una frase cual, terrible, que desde el salón de sesiones, repercutió rápida en todos los ámbitos de España.

Su Señoría es un caso patológico. Que venía á ser lo mismo que decirle al Sr. Romero Robledo: Su Señoría está guillado.

Estas cosas se perdonan raras veces; pero no se olvidan nunca; y las treguas que hayan podido mediar entre ambos campeones no hicieron mas que echar un puñado de cenizas sobre las brasas siempre vivas. Ha bastado, durante estos últimos tiempos, algunos leves soplos para que las cenizas se aventaran dispersadas, y reapareciera el fuego vivo, para lo cual tiene el señor Silveira una habilidad especial. Porque para satisfacer sus inquinas, para proporcionarse el gratísimo goce de hacer brincar de coraje á un contrario y lastimarle en lo más íntimo, posee el jefe del Gobierno una destreza maquiavélica; nadie como él tiene ese don tribunicio que consiste en enviar una puñalada... florentina envuelta en una simple frase. Así, cuando Romero Robledo, fogoso, como en sus mejores años, exuberante, incansable, se precipita sobre su rival y procura acorralarlo, derribarlo, rendirle, Silveira, frío, exteriormente impassible, replica con unas palabras que exasperan á su acometedor: «Hace ya tiempo que á S. S. se le oye, pero no se le escucha...»

El antiguo jefe de los húsares se ha sentido profundamente molesto por ese daga y hasta se asegura que juró, en los pasillos del Congreso, hacerse pagar muy caro á su cruel enemigo. «Eso le costará lágrimas...» dicen que dijo, olvidando que el Sr. Silveira no es de los políticos que llora.

JUAN BUSCÓN.

Y el país aguantando como un imbecil esta interminable escena de cuentas, bravuconadas y españoleiras entre D. Luis Mejía y D. Juan Tenorio en la posada de Butarelli, vulgo Congreso!

Las grandes empresas

Dice el Heraldo: «Aquí, el dinero medroso se refugia en la cuenta corriente del Banco y busca la tutela del Estado, convirtiéndose «el capital» en prestamista eterno de los Gobiernos. El oro se hace improductivo ó busca el rédito escandaloso, sin precedente, que el Estado le brinda,

para cubrir, pordioseando empréstitos y emisiones, su miseria tradicional. La riqueza pública es un río que desagua por cauces tortuosos y que no fecunda los campos ni mueve con sus fuerzas naturales la rueda de las grandes industrias. Protestamos de la palabra «intervención», y estamos intervenidos, maniatados, expropiados forzosamente.

Las redes de ferrocarriles, fuera de la ley porque nuestros gobernantes no se atreven á exigir su cumplimiento, están en poder de Compañías y sindicatos extranjeros; la minería no es tampoco española, y á cada nuevo apuro, á cada nueva trampa, se habla de entregar á la poderosa dinastía de los Rostchil, hasta el último filón, la última veta de plata, de hierro, de cobre... todo lo que significa riqueza, recursos propios, fuentes nacionales de producción.»

«El Sr. Cortezo ha censurado que no haya cedido mi cesantía de exministro. No ha fijado, sin duda, la vista en el banco de la Comisión, á cuya cabeza está el señor Linares Rivas. No se ha fijado, al hablar de desprendimiento, en el mismo banco azul, ni ha pensado en que el primer sacrificio que pueden hacer los que manejan los negocios públicos es el de sus productivos bufetes. Esto sí que es una inmoralidad. (Grandes ruidos en la mayoría.)»

De los bufetes digo, sí; no os alarméis. El que hoy es presidente del Consejo, y á cuyo alrededor sientáanse los principales abogados de las más poderosas Compañías, que declaró en cierta ocasión la incompatibilidad entre los cargos públicos y los bufetes págicarios, y en otra renunció á una cartera por esa misma consideración, volverá, al salir del Gobierno, á la cantidad de su hogar y al cuidado de su bufete.

El Sr. Silveira: No volveré. El Sr. Romero Robledo: Entonces, de todo lo que pasa tiene la culpa el Sr. Cortezo, que ha hablado de mi antigua historia política, de aquellos tiempos en que fui ministro con el Sr. Sagasta. Pero el Sr. Cortezo no recuerda bien aquellos días en que, como mozo y joven, era republicano.» (Grandes risas.)

¡Habrá paciencia!

¡Vida Nueva denunciando á las grandes empresas de ferrocarriles y el Sr. Isasa, consejero y justicia mayor, tan tranquilo, y el Fiscal sin decirnos una palabra!

Repetimos nuestra advertencia. El que sufre de los callos, que no use otra cosa que los parches de Wasmuth en el reloj. Dichos parches suprimen en tres días y sin dolor los callos; se hallan de venta en todas las Droguerías, Zapaterías y Bazares al precio de 2 pesetas.

La desaparición completa de las manchas se consigue fácilmente con el uso del Opal-Pasta.

Anoche en el café nos relataba un enfermo curado con el Estómago Artificial, lo siguiente: Me parece increíble el que después de estar desahuciado me encuentre hoy fuerte y sano. Todo lo debo al Estómago Artificial, á cuyo autor bendigo con toda la efusión de mi alma y lo recomiendo á doquier que voy.

MADRID.—IMPRENTA DE FORTANET, LIBERTAD, 29.

J. BURELLI & Cº CONSTRUCTORES NAVALES VILA Y VILA, 117, BARCELONA

Colecciones de VIDA NUEVA.—Primer año

FORMA UN HERMOSO VOLUMEN DE 220 PÁGINAS

Table with 2 columns: PRECIOS and descriptions of book binding options (SIN ENCUADERNAR, ENCUADERNADA EN RÚSTICA, ENCUADERNADA EN CARTÓN).

EN PROVINCIAS 0,50 PESETAS MÁS PARA FRANQUEO Y CERTIFICADO

ELIXIR ESTOMACAL

CURACIÓN segura del 98 por 100 de los enfermos crónicos del ESTÓMAGO é INTESTINOS, aunque lleven veinticinco años de sufrimientos y no hayan encontrado alivio con los demás tratamientos. Ayuda á las digestiones, abre el apetito y tonifica. El

de SAIZ DE CARLOS cura el dolor de estómago, los vómitos, acedias, vómitos, estreñimiento, diarrea, úlcera del estómago, dispepsias y catarrros intestinales. Botella, 5 pesetas. En Madrid, farmacia de Saiz de Carlos, Serrano, 30, y principales de España, Ultramar y América.

VICHY CATALAN

Abierto de Mayo á Octubre, inclusive. Establecimiento digno de ser visitado, confort y economía. Sus aguas embotelladas obran mejor que las extranjeras en las enfermedades del hígado, bazo, estómago y dispepsias intestinales flatulentas. Boticas, droguerías y depósitos de aguas minerales las detallan.—Proprietario. MODESTO FUREST, Caldas de Malavella.

Biblioteca de VIDA NUEVA

Moras y cristianos, por D. Rodrigo Soriano, 4 pesetas. Por los Pirineos (notas de viaje), por D. Francisco Fernández Villegas (Zoda), 5 pesetas. Jesús (memorias de un jesuita novicio), por D. Dionisio Pérez, 1 peseta. El medio social y la perfectibilidad de la salud, por D. Enrique Liria y Despau, 2,50 pesetas. Retratos: Gente conocida, por Sr. D. Pedro Recio de Tirozuela (Dionisio Pérez), 1 peseta. La Barraca, por D. Vicente Blasco Ibañez, 2 pesetas. Hacia otra España (estudios de actualidad), por D. Ramiro de Masat. Un tomo de 250 páginas, 2 pesetas. A nuestros suscriptores y correspondientes con el 25 por 100 de descuento.

Advertisement for ELIXIR ESTOMACAL featuring a bottle illustration and text: ANTIBILIOSO, GRANULAR EFERVESCENTE, ESTOMACAL, PASSAPERA, ATEMPERANTE.

HERNIAS (QUEBRADURAS) Y OBESIDAD

Alivio absoluto CURACIÓN RADICAL con los privilegiados inventos del ortopédico-especialista español D. Pedro Ramón. Distinción excepcional de la Real de Medicina. Quienes tengan que contraer enlace (de ambos sexos) herniados ó otro defecto físico de las regiones abdominal é inguinal tendio por incorregible, obtendrán curación ó corrección absoluta en pocos meses, como la obtienen cuantos, de ambos sexos y todas edades, se dirigen al despacho del citado ortopédico ó piden el folleto que envía gratis. Carmen, 38, 1.º, Barcelona.

EL ESTÓMAGO ARTIFICIAL

Este Remedio, bajo la forma de POLVOS, puede titularse maravilloso por lo radical de sus curaciones, y sus componentes están combinados con arreglo á la última palabra de la ciencia. Todos los enfermos se curan, por crónica que sea la dolencia. Nunca falla. Triunfa siempre, aun en los casos más rebeldes. Enfermos hay que se han curado con una soia caja. Comprobado este remedio en la clientela privada de distinguidos médicos, podemos asegurar el éxito cada vez que se tome. No daña por mucho que se use. No hay Dispepsia, Gastralgia ó Diarrea que resista al Estómago Artificial. Cuando han fracasado todos los demás digestivos, el único remedio positivo que puede devolver la salud, es El Estómago Artificial ó polvos del Dr. Kuntz.

IGOTE, BARBA, CRECERÁN ESPLENDIDOS USANDO Pilifaire. Remítase contra 15 reales en sellos. Camilo Grau, Casanova, 41, Barcelona.

PARCHES RIBE Curación radical de hernias ó quebraduras, relajaciones de la matriz y esterilidad. Dr. Mir, Horno de la Mata, 15, principal; de 2 á 5.

PRIMERAS MATERIAS PARA ABONOS

Los Sres. Roggen y Comp., proveedores de la Cámara Agrícola Oficial de Valencia, ofrecen á los Agricultores primeras materias para prepararse los abonos para cada cultivo, con arreglo á las fórmulas aprobadas por la Cámara Agrícola Oficial de Valencia, publicadas en la Carilla y para los que no quieran preparárselas, esta casa se encarga de hacerlo con la mayor economía.

Los Sres. Roggen, que representan en España las más importantes casas extranjeras en Nitrate de sosa, Sulfato de amoníaco, Superfosfato de cal, Sales de potasa, etc., pueden ofrecer á los señores agricultores y fabricantes de guano los más ventajosos precios y las mayores seguridades y garantías en que los productos que venden son siempre los más puros y de la más alta graduación, estando siempre sometidos al análisis del químico Dr. D. Bernardo Aliño.

ROGGEN Y COMP.ª Calle de Felis Pizcueta, núm. 1.—VALENCIA

Pueden tomarse las mujeres embarazadas que padecen sus enfermedades, en la seguridad de que harán un gran bien al hijo que llevan en sus entrañas, pudiendo ellas salir beneficiadas igualmente, pues ambos se verán libres de esas irritaciones impertinentes que tanto abundan en los recién nacidos y en las madres después del parto. SU EFICACIA ES MUCHA, SU PRECIO MODICO DE 10 reales.—Fídase en todas las principales farmacias de España y del extranjero.—Para más referencias, diríjase al Dr. Terrades, calle de la Universidad, núm. 21, principal, Barcelona.

PARTOS.—Teodora Soriano, profesora, gabinetes. Casos profesionales. Jesús del Valle, 6, 2.º izqd.

LECHO CONYUGAL y DESPUES

Condiciones que han de reunir el hombre y la mujer para considerarse aptos para la relación sexual (órganos genitales, estructura, dimensiones, defectos que imposibilitan, etc.). Consejo que deben tenerse en cuenta en la relación sexual para que ésta se verifique en forma fisiológica (placer, duración, posiciones femeninas y masculinas, etc.). Precauciones que deben adoptarse para que los abonos no debiliten, perturben ó anulen el poder genital, conservando siempre la virilidad de la juventud más robusta. Es pues, este libro una verdadera guía del hombre y la mujer que quieren conocer los secretos más íntimos y sublimes de la relación sexual.

A 5 pesetas en las buenas librerías y vía por correo, enviándose en libranza ó sellos á LA AYUDA, Atocha, 22, Madrid. En Madrid se vende librerías de Pl. Car.º S. Jerónimo; San Martín, Puerta Sol, 5; Aduana, calle Preciados, y LA AYUDA, Alcalá, 22.

TONICINA GRANULADA ESPINAR

El más poderoso Tónico, Nutritivo y Reconstituyente conocido. Combate y cura la Anemia, Clorosis, Palidez, Falta de nutrición, Digestiones difíciles, etc., etc. Es muy agradable al paladar. Laboratorio: Farmacéutico G. ESPINAR, Encarnación, 10, y Colíseo, 2, Sevilla; de venta en las principales farmacias y droguerías de España é islas Canarias.